EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

La Reina y la Comedianta

COMEDIA HISTÓRICO-ANECDÓTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY





MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1900

LA REINA Y LA COMEDIANTA

COMEDIA HISTÓRICO-ANECDÓTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA PRINCESA, el día 3 de Noviembre de 1900



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1900

A Don Antonio Maura

Antes de que nos uniera lazo alguno político, ligábanme á usted los de una sincera admiración y una viva simpatía. Hoy que á estos vínculos, cada vez más estrechos y gratos para mí, júntase también el primero, creo que puedo permitirme ofrecerle público testimonio de mi afecto, dedicándole esta comedia, á la que nadie podrá negar que tiene algo bueno, teniendo en su primera página el nombre de usted, que es sinónimo de talento, de carácter, de laboriosidad, de entereza, de honradez; es decir, de todo lo que tanto necesitan y tanto escasea entre los hombres públicos de nuestro tiempo.

Juan Antonio Cavestany.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA REINA DOÑA ISABEL	SRA.	TUBAU.
MARÍA CALDERÓN........	SRTA.	MORENO.
DOÑA INÉS, dama de la Reina...........		BREMÓN.
LA CORONEL..............................	SRA.	ESTRADA.
UNA MOZA..........		VALS.
EL REY FELIPE IV...	SR.	ECHAIDE.
EL CONDE DE VILLAMEDIANA.		MUÑOZ.
EL DUQUE DE OSUNA		LLORENTE.
DON FRANCISCO DE QUEVEDO.		VALERO.
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA		PRADO.
DON DIEGO VELAZQUEZ		VILLAGOMEZ.
EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.......		VILLANOVA.
DON LUIS DE HARO.................... .		ALLEN-PERKINS.
JUAN RANA..............................		TREVIÑO.
UN ESTUDIANTE.....		RAMIREZ.
GARCI-HERNÁNDEZ, ventero............		SÁNCHEZ-BORT.
MAESE SANCHEZ..........		CODINA.
AVENDAÑO......		CASAÑER.
UN ARRIERO................		LACY.
CABALLERO 1.º...........................		CODINA.
IDEM 2.º........		RODRÍGUEZ.
IDEM 3.º..........		LACY.
UN UJIER..................................		CONTRERAS.

Mozas, Arrieros, Cómicos.

La acción pasa en Madrid en el primer tercio del siglo XVII



ACTO PRIMERO

Interior de una venta á las puertas de Madrid. A uno de los lados de la escena una escalera que sube á una galería alta, donde habrá varias puertas, así como en la parte baja, al foro y laterales. Sillas y muebles adecuados. Es de noche. Velones de aceite suspendidos del techo ó colgados de las paredes alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

GARCI-HERNANDEZ, un ESTUDIANTE, un ARRIERO, ARRIEROS y MOZAS. A uno de los lados de la escena, varias Mozas y Arrieros comen en torno de una mesa

ARRIERO El guiso está abundante;
lléguese sin temor el estudiante.

EST. Gracias.

ARRIERO No se resista.

GARCI Ayuna con frecuencia el buen sopista.

EST. (A Garci-Hernández.)
Lo hago, aunque me importune,
porque en vuestro mesón, ¿hay quien no ayune?

GARCI Quien paga el gasto hecho.
No hay fogón ancho con bolsillo estrecho.
Y os quejais por capricho,
que anoche liebre os dí.

EST. ¿Liebre habeis dicho?
Vuestra desfachatez asombro inspira.
(Volviéndose á los demás.)
¡Liebre cazada en el desván!

GARCI (Enfadado.) ¡Mentira!

ARRIERO Lo haceis en ocasiones.

EST. Cuando acaba, con ratas y ratones,
gato que de cazar perdió la escuela
—no lo dudeis—va á dar á la cazuela.

TODOS (Riéndose.)
¡Ja, ja!

GARCI ¿Lo habeis creído?
¡Cállese el estudiante fementido!

EST. Más lo son vuestras liebres y conejos.

GARCI Si entiende de latín cual de gracejos,
jure el sopista, aun cuando esté sin blanca,
que llegará á doctor en Salamanca.

EST. Eso dice la gente,
y á Salamanca voy precisamente.

ARRIERO Va conmigo.

GARCI Pues es un viajero
que no ha de enriquecer al arriero.

ARRIERO Para un letrado con ingenio fino
nunca falta en mi recua un buen pollino.
Si no paga... ¡paciencia!

EST. (Con gran alegría.)
Sois hombre de valer y honrais la ciencia.
Tanto me he conmovido,
que á aceptar vuestra oferta me decido.
(Acercándose á la mesa.)
Hacedme un hueco.

ARRIERO (Señalándole el sitio.) Allí, junto á Victoria.

EST. (Oliendo el guiso con delicia.)
¡Por Dios, que esta chanfaina huele á gloria!

ARRIERO No es chanfaina: eso es caro para tantos.

EST. ¿Pues qué es entonces?

ARRIERO Duelos y quebrantos.

EST. Diz que con pan el duelo á menos toca.
Dadme un trozo de pan.

GARCI (Mirándolo comer.) ¡Abrió la boca!
Para rato tenemos.

ARRIERO ¿Cuándo nuestra partida disponemos?
Esta noche, ¿verdad?

EST. Nunca. Hoy tampoco.
No es posible.

ARRIERO ¿Por qué?

EST. ¿Pero estais loco?
¿Tan docto trajinante
va á salir de Madrid en este instante?

ARRIERO ¿Pues qué sucede?
EST. Que hoy, si no me engaño,
al Corral de la Cruz llega Avendaño.
GARCI Y Amarilis con él.
EST. ¿Hay dicha tanta?
¿También viene la hermosa comedianta?
GARCI A los dos me han contado
que el Rey, nuestro señor, los ha llamado.
EST. (Al Arriero.)
Ya veis que el Rey los llama
sin duda por el eco de su fama.
¿Y vos la Corte abandonais sin pena
cuando llegan dos glorias de la escena?
No penseis desatinos:
mis cánones, y al par vuestros pollinos,
ya nos esperarán: tienen buen genio.
Del Corral de la Cruz en el proscenio
admiremos galanes y tapadas,
discreteos, pendencias, cuchilladas;
cuanto pintan, con público alborozo,
el viejo Lope y Calderón el mozo.
GARCI Tiene labia el sopista.
ARRIERO Así me coge.
EST. (Al Arriero, poniéndole el plato.)
Dadme más salsa, donde el pan remoje.

ESCENA II

DICHOS, MAESE SANCHEZ (viene seguido por tres ó cuatro hombres del pueblo)

MAESE ¡Ah, del mesón! ¡Dios guarde al posadero!
GARCI (Mirándolo con alegría.)
¡Maese Sanchez! Adentro, compañero.
MAESE Somos varios.
GARCI No hay tasa.
El que viene con vos, viene á su casa.
Os estimo de antaño.
MAESE ¿Llegó ya la carreta de Avendaño?
GARCI Aún no; mas llegará, por vida mía.
EST. (Con sorpresa)
¿Cómo? ¿Viene al mesón la compañía?
MAESE La pregunta me extraña.

GARCI Sabed, señor sopista, que en España
no hay comparsa de cómicos famosa,
célebre histrión, ni comedianta hermosa
que vengan a Madrid, tarde ó temprano,
sin venir al mesón del Segoviano.

EST. Escucharlo me agrada.

GARCI Y sabed, además, que en mi posada
Lope estuvo una vez, y no en secreto;
tres noches hace que cenó Moreto;
Alarcón leyó escenas...

EST. (Abrazándolo)
¡A mis brazos venid, nuevo Mecenas!
Permitid que os admire en adelante.

MAESE ¿Quién sois, que ignorais eso?

EST. Un estudiante.
El vástago segundo de un soldado
que se empeña en tener hijo letrado,
aunque él, según muy sabios pareceres,
ama más que al latín á las mujeres.
Un hidalgo de escudo con gran brillo,
que no tiene uno solo en su bolsillo,
que se viste á la fuerza de sotana,
que estudia á Cicerón de mala gana,
que detesta las aulas por formales
y vive en mentideros y corrales.
En mi lugar dos meses he pasado
y vuelvo á Salamanca de mal grado.
Si allí vais algún día
y os agrada mi humilde compañía,
preguntad por Laserna...
(no en la Universidad, en la taberna.)
Mi casa se halla adjunta.
Este soy yo. ¿Quién es el que pregunta?

MAESE Así me gusta el trato
Daisme el vuestro: cambiemos el retrato.
Yo soy un jornalero;
Maese Sánchez, antiguo zapatero,
que remendando botas y zajones
se gana más pinchazos que doblones.
Pero, aunque soy tan pobre, más de cuatro
me prestan obediencia en el teatro.
que allí dejo la horma
y el zapatero en amo se trasforma.
Se obedece mi acento:

si yo aplaudo, conmigo aplauden ciento;
silban mil imitando mi silbido:
soy el terror del cómico engreído:
doy de arte ejecutoria;
quito laureles, distribuyo gloria,
y el remendón, aun cuando á muchos duela,
es el Rey por la noche en la cazuela.

EST. Y añadid que la fama
por justo siempre vuestro fallo aclama.
¿Me permitís de amigo daros nombre?

MAESE Y los brazos también. (Se abrazan.)

ARRIERO (Señalando al Estudiante.) Me gusta el hombre.
Miren como lo aprieta.

EST. (A Maese Sánchez.)
¿Venís á recibir á la carreta?

MAESE Avendaño es un viejo camarada.

EST. ¿Y la Amarilis?

MAESE De esa no sé nada.

EST. Pues dicen que es hermosa su figura.

MAESE Si es mala no le vale su hermosura.

EST. Eso á muchas ampara.

MAESE Yo aplaudo el arte, pero no la cara.

EST. ¡Bravo!

GARCI Quiero, señores,
de mi mesón haceros los honores.
Bajad á la bodega
mientras el carro que esperamos llega.

ARRIERO ¿Cómo? ¿Nos convidais? (Con sorpresa.)

EST. (Con retintín.) ¿A vino... puro?

GARCI Es moro y no cristiano: os lo aseguro:
no recibió el bautismo.
Y hay para todos.

MAESE Vamos ahora mismo.

GARCI El pellejo parece un ballenato.
¡Diez arrobas!

EST. (Con naturalidad.) Tenemos para un rato.

GARCI ¿Pensais beberlas todas? (Asustado.)

EST. ¡Ya lo creo!
A un hombre como vos, ¿quién hace un feo?

GARCI ¡Eso no! Dejad algo

ARRIERO (Al Estudiante.) Vamos, loco.

EST. (A Garci-Hernández, que protesta.)
Os dejaré el pellejo, que no es poco.

(Vanse todos menos Garci-Hernández, con gran algazara.)

ESCENA III

GARCI-HERNANDEZ, después la REINA y DOÑA INÉS, tapadas

GARCI Por Dios que es hombre el sopista
que entre donaires y charla
del vino las diez arrobas
se bebe de una sentada.
(Rectificando.)
Es decir, de vino... cinco;
que la otra mitad es agua.
(Coge un velón y se dispone á salir.)
Iré con ellos tan pronto
como vuelva de la cuadra.
(La Reina y doña Inés aparecen en la puerta del foro, cubiertas con velos.)

REINA (Desde la puerta, con timidez y azoramiento.)
¿El mesón del Segoviano?

GARCI Este es.
(Viéndolas, aparte.)
(¡Diablo! Dos tapadas.
¿Si habra aventura esta noche?)

REINA ¿Está el mesonero en casa?

GARCI Con él hablais.

REINA ¿Sois vos mismo?

INÉS (Aparte á la Reina.)
(Prudencia.)

REINA (A doña Inés, también aparte.)
(No temas. Calla.)
Decid y tened presente
que la mentira me agravia.

GARCI. Sé que existe la mentira
solo porque oigo nombrarla.

REINA Más vale así. Respondedme.
¿Viene mucho á esta posada
un gallardo caballero,
joven, rubio, de tez blanca,
bigote á la borgoñona,
ojos de altiva mirada,
y que, sin duda, el semblante
cuando habla con vos recata?

GARCI Si lo recata es seguro
que no lo he visto.

REINA Me extraña,
que hay rostros que se adivinan
aunque los cubra la capa.

INÉS (Aparte.)
(Por Dios, prudencia, señora.)

GARCI En esas adivinanzas
no soy ducho.

REINA (Aparte á Inés.) (Está mintiendo.)
Y decidme, comediantas,
¿vienen muchas á la venta?

GARCI Esa fruta nunca falta.
El mesón del Segoviano,
desde hace fecha muy larga,
de cómicos y poetas
fué siempre centro y morada.

REINA (Con viveza.)
Y esas mujeres, sin duda,
¿serán bellas?

GARCI Tienen fama
muchas de serlo.

REINA (Preguntando cada vez con mayor interés.)
¿Y coquetas?

GARCI Algunas.

REINA ¿Y con sus gracias
seducirán fácilmente?

GARCI A veces.

REINA ¿Y entre sus garras
alguna tendrá al mancebo
porque antes os preguntaba?

GARCI (Con mal tono.)
Ni á ese mancebo conozco,
ni quien preguntas dispara
con tanta frecuencia, debe
resistirse á contestarlas.
Mujer que parece hermosa
y que de noche y tapada
llega á un mesón con su dueña
—si es dueña quien la acompaña,—
¿viene en pos de una aventura?
¿viene á celar á quien ama?
¿es que busca, ó es que espía?
¿es que teme, ó es que aguarda?

REINA (Alargándole una bolsa llena.)
Ved si esa bolsa os contesta
mejor que yo contestara.

GARCI (Mirando á la bolsa con gran alegría.)
¡Doblas de oro! ¿Quién lo duda?
Ya sé cuanto me hace falta.
¿Qué quereis? Vuestra es la venta.

REINA Quiero estar sola hasta el alba;
quiero un sitio en donde pueda
observar cuanto aquí pasa,
y quiero que mi presencia
quede ahora y siempre ignorada.

GARCI (Señalando á una de las puertas laterales.)
Ese es el cuarto, señora:
desde él se observa esta estancia:
si quereis cena, pedidla;
si doncellas, tengo varias,
y en cuanto á que no se sepa
que habeis honrado mi casa
juro á fe de Garci Hernandez
que estar podeis descuidada.

REINA Habrá recompensa doble
si cumplís vuestra palabra.

GARCI (Con placer.)
¿Doble, decís? A esa puerta
yo mismo estaré de guardia.

REINA Ahora, dejadnos.

GARCI (Saludando.) Señora...
(Mirando á la bolsa al irse.)
(Beba el sopista á sus anchas.
Hay aquí para más vino
si el de la cueva se acaba.)
(Vase Garci-Hernandez.)

ESCENA IV

LA REINA, DOÑA INÉS.

REINA (Levantándose el velo.)
Ya se fué.

INÉS (Lo mismo.) Tiemblo de espanto.
Vuestra Majestad me causa
á la vez miedo y asombro.

REINA Serénate.

INÉS ¿Qué pensara
quien en tal sitio y tal hora
viese á la Reina de España?

REINA (Con energía)
¿Qué importa lo que otros piensen?
Pues ¿qué? ¿Las reinas no aman?
¿No son mujeres? ¿No sufren?
¿No tienen celos que matan
y no es justo que comprueben
por sus ojos su desgracia?

INÉS Pensad que ocupais un trono.

REINA A la que siente en el alma
de amor y celos en lucha
sorda y desecha borrasca,
le importa poco su trono:
piensa solo que la engañan;
que la mujer más humilde
le da envidia, si es amada...
¡Corona y cetro le sobran
á la que el amor le falta!

INÈS Mucho le amais.

REINA Mucho... Y mira,
mira qué pago...
(Sacando un papel y contemplándolo con pena.)
Esta carta.

INÉS Tal vez un error...

REINA No abrigues
esa piadosa esperanza.
No me convences.

INÉS Quien sabe...

REINA Oye. La luz no es mas clara.
(Leyendo)
«Señor, esta noche llega,
según noticias exactas,
la seductora Amarilis;
la divina comedianta.
Si tiene prisa por verla
el que á sí mismo se llama
un ingenio de la corte,
(siendo el sol que en luz la abrasa,)
puedo, por acompañarle,
olvidar hasta mañana
los mil negocios de estado

que á todas horas me embargan.
Nadie sabrá la aventura.
Dos chambergos y dos capas;
el rostro bajo el embozo,
y el buen humor en el alma...
El mesón del Segoviano
nos conoce y nos aguarda.
En la escalera secreta
á las diez: la vuelta al alba.
Gaspar.»
(Dejando de leer y con acento de ira.)
Si aun dices que dudas,
ó estás demente ó me engañas.

INÉS ¿Dónde el papel encontrásteis?

REINA Felipe no se recata
de mí. ¡Lo encontré en el suelo!

INÉS Olivares es la causa
de todo

REINA En eso no mientes.
El de mis brazos lo arranca.
Le tiene miedo al influjo
que sobre el rey, si me amara,
pudiera ejercer. No quiere
que yo su poder comparta.

INÉS Vuestra Majestad bien dice.

REINA Esta es la prueba palmaria.
El trae al rey de dos mundos
de noche, solo y sin guardia,
á un mesón de trajinantes
en pos de una comedianta
que hace venir...

INÉS No sabemos
si el rey cederá á la instancia.
Tal vez se niegue.

REINA (Con incredulidad.) ¿Eso piensas?
Vendrá. Felipe no me ama.

INÉS Pues mal hace, que el tesoro
que el pródigo despilfarra
tiene, á veces, del avaro
acechantes las miradas.

REINA Es verdad. Sé á quien aludes.

INÉS Su amor es tal que me causa
miedo.

REINA ¿Por qué?

INÉS Porque puede
comprometer vuestra fama.

REINA No hará tal. Me ama de veras.
Lo sé porque él se delata.
Dicen locuaces sus ojos
lo que mudo el labio calla.
El amante verdadero
no pide premio á sus ansias:
padece, muere... y muriendo
besa el hierro que lo mata.
Así quiero yo á Felipe
y así al par me siento amada,
no por el mismo que adoro,
sino por quien no me alcanza.
Hoguera es mi amor que busca
tronco al que ceñir sus llamas
y en vez de leño que prenda
le echan hielo que lo apaga.
Lucha el fuego con la nieve,
á la que débil se abraza,
mientras muy cerca otra hoguera
su azul penacho levanta.
Tal vez el fuego que espira
reviviera entre las brasas
si viniesen en su auxilio
del otro las llamaradas.
Míranse las dos hogueras
en dos cumbres solitarias,
á través del hondo tajo
de una profunda garganta.
Ambas se buscan de lejos,
ardientes chispas se lanzan,
mas, ¿cómo van á juntarse
si un abismo las separa?

INÉS Vuestra Majestad merece
suerte menos desdichada
sin duda.

REINA Dios me la niega.

REY (Dentro.)
¡Quita, bribón!

GARCI (Dentro.) No se pasa.

REY (Dentro.)
He de hacerte dar de palos.

INÉS Viene gente.

REINA — El velo baja
y ocultémonos al punto.

INÉS — Sí, sí.

REINA — Señor, dadme calma.

(Entran las dos en el cuarto que les indicó Garci-Hernández.)

ESCENA V

EL REY, EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES, GARCI-HERNÁNDEZ

Todos aparecen en la puerta del foro. Garci-Hernández trata de cerrar el paso al Rey y á Olivares, que vienen embozados

REY — ¿Querías cerrarme el paso?

GARCI — En mi mesón soy quien manda.

REY — (Con ironía.)
Perdone vuestra excelencia.

OLIV. — (Lo mismo.)
Sí; perdón.

GARCI — De burlas basta.

REY — Hablo en serio.

OLIV. — Y tan en serio.

REY — Como que si no te callas
al punto, muy *seriamente*
te juro por mi prosapia
que te corto las orejas
para ver si eso te amansa.

GARCI — (Burlándose.)
¿Sois cortador, por ventura?

REY — Soy quien cumple si amenaza.

GARCI — Vaya... ¿qué queréis?

REY — ¿Qué quiero?
Del mejor vino una jarra;
que me avises cuando llegue
esa carreta que aguardas;
pasar unas cuantas horas
con alegres comediantas...
Ya sabes lo que deseo.
Como el plan bien no me salga,
después de darte cien palos
le pego fuego á tu casa.

GARCI — (Siempre en tono burlón.)
La venta costó bastante.

REY (Dándole una bolsa.)
Vé si habrá con qué pagarla
en esa bolsa.

GARCI (Con alegría.) ¿Otra bolsa?
(Aparte.)
(¡Tambián de oro! ¡Y más pesada
que la anterior!) (Alto.) Buen hidalgo,
perdonad mis arrogancias.
Yo no he querido ofenderos...

REY Bien. Te excuso.
(El Rey deja caer un momento el embozo. Garci-Hernández lo ve y lo reconoce.)

GARCI ¡Virgen santa!
¡El Rey!

REY (Con viveza.)
¡Calla, majadero!

GARCI (Confuso y temeroso.)
Señor, señor...

OLIV (Acercándose por el otro lado á Garci-Hernández.)
Si en voz alta
vuelves á decir tal nombre
vas á galeras mañana.

GARCI (Reconociéndole también.)
El de Olivares... ¡Dios mío!

OLIV. ¡Eh! ¡Silencio!

GARCI Mi posada
no es digna..

REY Por esta noche
—¡y ay de tí si lo ovidaras!—
somos sólo dos hidalgos.

GARCI (Con miedo.)
¿Qué he de hacer?

REY La cosa es llana.
Tratarnos sencillamente
como á otros huéspedes tratas;
dejarnos libre esta mesa;
servirnos cena no escasa...
—sin darnos gato por liebre,
se entiende.—

GARCI Yo nunca osara...

REY Pues será la vez primera
que las liebres que tú gastas
no tengan uñas con filo,
pelo negro y cola larga.

GARCI No dejaré, por supuesto,
que pase nadie á esta estancia.
REY Al revés: que entre quien quiera.
GARCI (Con sorpesa.)
¿Vuestra Majestad?...
REY (Enojado.) ¿Me tratas
así, bribón, todavía?
GARCI Perdonad.
OLIV. Tienes muy flaca
la memoria. (Ruido fuera.)
REY Gente viene.
GARCI Sí que vendrá: no me extraña.
Cuando se anuncia que llega
de comediantes de fama
una carreta, son muchos
los que vienen á esperarla.

(Aparecen en la puerta del foro el Conde de Villamediana, el Duque de Osuna, Calderón y Quevedo.)

REY (Viéndolos.)
Mira, Gaspar. Son amigos.
OLIV. (Con sorpresa.)
¡Quevedo!... ¡Villamediana!...
REY Y Calderón y el de Osuna,
Súbete el embozo y calla.

(El Rey y el Conde-Duque se embozan y se sientan junto á una mesa, donde permanecen hasta donde el diálogo lo indica.)

ESCENA VI

DICHOS. El CONDE DE VILLAMEDIANA, el DUQUE DE OSUNA, DON FRANCISCO DE QUEVEDO y DON PEDRO CALDERÓN

QUEV. Adelante. Entrad sin miedo.
OSUNA ¡Buen salón!
CALD. No es muy lucido.
OSUNA ¿Dónde nos habéis traído,
don Francisco de Quevedo?
QUEV. A un mesón. Lo dije antes.
VILLA. A mí lo nuevo me agrada.
OSUNA Vienen á pobre posada
vuestros buenos comediantes.
VILLA. Cierto.

CALD. (A Osuna.) No es esta mansión
la propia de vuestra cuna.
OSUNA Va siempre honrado un Osuna
cuando va con Calderón.
CALD. El cumplido no me extraña,
que aunque otra cosa se diga,
la nobleza es siempre amiga
de las letras en España.
QUEV. (Burlándose.)
¡Adiós mis buenos deseos
de reir y de gozar,
si ya empieza á descargar
la nube de discreteos!
OSUNA ¿Qué hay que hacer, si eso os apena?
VILLA. Marcadnos vos el camino.
QUEV. Acepto. (Llamando.) Ventero, vino,
mientras se arregla la cena.
CALD. Pareceis un estudiante.
OSUNA Lo fué en su tiempo, de nota.
QUEV. Pues esta noche la gota
me está apretando bastante.
VILLA. ¡Pobre!
CALD. ¿Siempre ese dolor?
QUEV. Ya es antiguo: no me quejo.
Pobre, patizambo y viejo,
me queda mi buen humor.
Charlemos, pues, por los codos,
que de la risa en el trance
no soy, como en mi romance,
«el menor padre de todos.»
CALD. Vuestra advertencia es discreta,
mas, pues reir nos precisa,
sed vos imán de la risa
mientras llega la carreta.
QUEV. ¿Me nombrais quitapesares?
VILLA. ¿Quién mejor?
OSUNA Podeis mandar.
¿Qué hacemos?
QUEV. Para empezar,
Hablemos mal de Olivares.
REY (Desde su sitio, haciendo un movimiento.)
¿Eh?
OLIV. (Lo mismo.)
¿Cómo?

QUEV. Aunque no está escrito,
es tan claro como el sol
que debe todo español
renegar del favorito.
OSUNA Mal tema vais á elegir,
que del Conde-Duque hablar
es cosa para llorar
mejor que para reir.
Al Rey y al pueblo, traidor,
las fuerzas de España agota.
REY (A Olivares, en tono de broma.)
¿Oyes, Gaspar? Toma nota
OLIV. (Amoscado)
La estoy tomando, señor.
QUEV. Reconozco mi torpeza.
CALD. A otro tema. Cosa es llana.
Cuéntenos Villamediana
la causa de su tristeza.
VILLA. ¿Yo triste? (Contrariado.)
QUEV. (Con malicia.) Penas de amores.
VILLA. No hay tal.
CALD. Tened entendido
que no hay secreto escondido
cuando hay ojos delatores.
VILLA. (Con brusquedad, sin poder contenerse.)
¿Quién dijo tal falsedad?
Si alguno lo afirma, miente.
CALD. (Sorprendido.)
¡Qué exaltación!...
OSUNA (Aparte, con rapidez á Villamediana.)
(¡Imprudente!
Os vendeis.)
VILLA. (Reprimiéndose.) (Decís verdad.)
CALD. Calmad vuestra agitación
y de nadie receleis.
Se dice, sí, que teneis
mal herido el corazón;
mas no se nombra á la bella
que así de amor os inflama.
QUEV. ¿Es del mundo vuestra dama
ó es astro que luz destella?
VILLA. Astro, sin duda, ha de ser,
que á mí, por alto, se esconde.
CALD. ¡Siempre poeta el buen Conde!

OSUNA (Aparte á Villamediana.)
(Os vais á comprometer.)
CALD. Quiere bien quien nada espera.
VILLA. Nunca premio pretendí.
CALD. ¿Y amais, sin embargo?
VILLA. Sí...
á una sombra... ¡á una quimera! (Pausa.)

—

Tormento que hace gozar,
goce que hace padecer,
mi amor no puede alcanzar
ni el infierno de temer
ni la gloria de esperar.

—

¿Cómo nació el amor mío?
No lo sé, ni me doy cuenta.
¿Sabe el hielo por qué es frío?
¿Sabe el sol por qué calienta?
¿Sabe por qué corre el río?

—

Mi afecto es limpio fanal
donde á todas horas veo
una imagen celestial,
sin que un soplo de deseo
empañe el terso cristal.

—

Yo no comparo á tal diosa
—fuera ultrajar á mi bella—
con clavel ni flor hermosa...
Abril, para hacer la rosa,
se inspiró, sin duda, en ella.

—

Un junco á su talle breve
dijo, con envidia franca:
«Me humilla cuando se mueve.»
Miró su rostro la nieve,
y exclamó: «No soy tan blanca.»

—

Vió su mirada de lejos
del sol la ardiente aureola
y hundió en el mar sus reflejos:
miró sus labios bermejos
y enrojeció la amapola.

—

Pero ¿á qué seguir? No trato
con vanas comparaciones
de terminar mi relato.
Agotara perfecciones
y no acabara el retrato.

—

La dama por quien suspiro
tan absorta al alma deja,
que en su presencia deliro;
porque cuanto mas la miro,
mas de mis ojos se aleja.

—

Y turbada de esa suerte.
por la ilusión sobrehumana,
de improviso, el alma advierte
que pierde la forma humana
y en estrella se convierte.

—

De hacerme amar de tal bella
la esperanza no me hostiga.
Yo soy mortal. Astro es ella.
¿Por mucho que la persiga
quién va á alcanzar á una estrella?

—

CALD. ¡Acabada descripción!
OSUNA Habló el amor que le acosa
por sus labios.
QUEV. Mas hermosa
no la hiciera Calderón.
REY (A Olivares desde la mesa que ocupan)
Impulsos siento, Gaspar,
de descubrirme hace rato.
OLIV. ¿Qué decis, señor?

REY (Levantándose.) Me es grato
del ingenio disfrutar.
(Acercándose á ellos embozado.)
Con gusto grande os oí,
y aun cuando os cause sorpresa,
vengo á ver si en vuestra mesa
queda un sitio para mí.
OSUNA Quien oye al que habla en secreto
falta del noble al deber.
REY La admiración puede ser
escusa del indiscreto.
OSUNA ¿Sois hidalgo?
REY Y mucho valgo
aunque á rogaros me postro.
CALD. ¿Por qué tapais vuestro rostro
siendo tan cumplido hidalgo?
REY Porque forzaros no quiero.
VILLA. ¿Cómo?
REY Si me descubriera,
no suplicara, exigiera.
QUEV. ¡Vive Dios que es altanero!
VILLA. ¿Qué buscais?
REY Ser de esa grey.
VILLA. ¿Os conocemos?
REY Bastante.
VILLA. Mostradnos, pues, el semblante.
REY Vedlo, señores. (Desembozándose.)
TODOS (Con asombro, levantándose.)
¡El rey!
REY Un amigo. Serlo quiero.
CALD. Señor...
OSUNA ¿Vuestra Majestad?...
REY No os pide hospitalidad
el Rey, sino el compañero.
CALD. Vos sois siempre nuestro norte.
REY Sabeis que á las letras amo
puesto que á veces me llamo
«un ingenio de la Corte.»
QUEV. Nombre de fama completa.
REY El ingenio en vos está:
mas pues el vulgo me da
el nombre de «rey poeta,»
daré justificación
al mote en vuestra compaña.

CALD. ¿Y qué busca el Rey de España
en tan humilde mesón?

REY Me gustó siempre observar
las costumbres populares,
y esta noche el de Olivares...
(Volviéndose á Olivares que sigue en su sitio embozado)
Pero acércate, Gaspar.
(Olivares se levanta y descubre. Sorpresa en todos.)

OSUNA ¿Cómo?

CALD. ¿Está aquí?

QUEV. (Con ironía.) ¡Qué fortuna!
(Aparte)
(Nos escuchó. ¡Buen enredo!)

OLIV. (Saludándole con retintín.)
Felices noches, Quevedo.

QUEV. ¡Oh, placer!...

OLIV. Duque de Osuna,
salud.
(A Quevedo.)
Con severidad
me juzgais y lo lamento.
(Marcando la frase.)
¿No os dió buen alojamiento
la torre de Juan Abad?

QUEV. (Con sorna.)
La prisión era excelente.
Allí esta gota cogí.

OLIV. Pues cuando hableis mal de mí
tened la gota presente.

REY ¿Qué haceis en conversación,
Quevedo?

OLIV. Señor, me hablaba...

QUEV. Al Conde-duque expresaba.
mi sincera admiración.

REY ¿Vos le admirais? Es extraño.

QUEV. Mucho. (Aparte.) (La gota me aprieta.)

VOCES (Dentro.)
¡La carreta! ¡La carreta!

REY ¿Qué voces?...

VOCES (Dentro.) ¡Viva Avendaño!

ESCENA VII

DICHOS, el ESTUDIANTE, MAESE SANCHEZ, el ARRIERO, ARRIEROS y MOZAS

EST. (Que sale tambaleándose.)
Pronto, que van á llegar.
Corramos.
ARRIERO Vais á caer.
MAESE ¿Cómo pretendeis correr,
si no podeis casi andar?
EST. El vinillo era muy fino.
MAESE Bien claro os lo dije antes.
EST. A ver si los comediantes
son tan buenos como el vino.
ARRIERO Por su culpa estais así.
EST. Es el mesón el que gira:
yo estoy quieto.
MOZA (A otra.) Mira, mira,
ya vienen.
GARCI Ya están aquí.
(Aparecen en la puerta del foro los Cómicos, rodeados de un grupo de gente que los abraza y aclama.)

ESCENA VIII

DICHOS, LA CORONEL, JUAN RANA, AVENDAÑO, CÓMICOS y CÓMICAS

RANA (Desde la puerta, saludando.)
¡Salud, plebe soberana!
VARIOS (Rodeándolo con algazara.)
¡Este es! ¡Este!
RANA Me haceis daño.
EST. ¡Viva Avendaño!
RANA (Señalándolo.) Avendaño
es aquel. Yo soy Juan Rana.
MOZA ¡Ah! ¿No sois vos?
COR. ¿Qué más da?
Este también es famoso.
RANA Como que soy el gracioso.

ARRIERO ¿El gracioso?

TODOS (Soltando la carcajada.)
¡Ja, ja, ja!

RANA Estúpidos, no os riais
tan pronto.

MOZA (Llamándolo, así como á la Coronel, alrededor de los cuales se forma un grupo.)
Venid aquí.

AVEN. (A Maese Sánchez, con quien habla.)
Buen augurio es para mí
que á recibirme salgais.

MAESE Contad con mi protección.
Vuestro soy.

AVEN. Yo vuestro quedo.
(Viendolos y acercándose á ellos.)
¡Oh! ¿Qué miro? El gran Quevedo
y don Pedro Calderón.

QUEV. Por veros hemos venido.

AVEN. ¿Hay distinción semejante?
Otorgais al comediante
un honor inmerecido.

MOZA (A Juan Rana y la Coronel en su grupo.)
¿Y en las farsas del Corral,
para los dos hay papel?

COR. ¡Digo! ¡Soy la Coronel!

RANA Casi, casi general.

COR. Vas á llevarte un sopapo
si te burlas.

RANA Calle, hermana.
¿No sabe que soy Juan Rana?

COR. Como si fueras Juan Sapo.

REY (A Avendaño, con quien habla en el mismo grupo de Calderón y Quevedo.)
¿Y esa comedianta bella
de que habla tanto la gente?...

AVEN. ¿La Amarilis?

REY Justamente.
Presentadnos á la estrella.

AVEN. Hay que aplazar la ilusión.

REY ¿Qué decís?

AVEN. Que no ha llegado.
Enferma la hemos dejado
esta tarde en Alcorcón.

EST. ¿No viene? ¡Con la que salta!

QUEV. Buen chasco... ¡Lucido quedo!
AVEN. Consuélese el buen Quevedo,
que hay quien supla á la que falta.
REY ¿Quién suple á actriz tan completa?
AVEN. Acaso alguna me quede
que á la Amarilis no cede
ni en hermosa ni en discreta.
CALD. ¿Quién?
AVEN. La más gentil persona
que tuvo mi compañía.
REY A ver...
AVEN. (Llamando.) ¡Muchacha!... ¡María!
MARÍA (Presentándose en la puerta del foro.)
¡Aquí está la Calderona!

ESCENA IX

DICHOS, MARÍA

REY Es muy bella.
AVEN. ¿He sido justo?
CALD. Sí, por Dios.
AVEN. Entra, mujer,
que te quieren conocer.
MARÍA ¿Y quién tiene ese mal gusto?
AVEN. Unos ilustres autores
á quienes hablé de ti.
MARÍA ¿Os quereis burlar de mí?
No le hagais caso, señores.
REY (A Avendaño.)
¿Sabeis que su aspecto encanta?
EST. Buenas mozas hay hogaño.
MARÍA Diga el señor Avendaño
por qué me hice comedianta.
AVEN. Dilo tú.
REY Mejor sería.
MARÍA Pronto se puede saber.
Me hizo la suerte perder
padre y hacienda en un día.
¡Fué mi martirio muy largo!
Por caridad me amparaban,
pero el pan que así me daban

me sabía muy amargo.
Llegó un día á mi lugar
Avendaño con su gente:
conocióme, y casualmente
me oyó versos recitar.
Era mi afición. Colijo
que mal no le parecí,
porque acercándose á mí
—¡Dios se lo pague!—me dijo,
con voz que no se me olvida
por lo dulce y piadosa:
—«Niña, ¿quieres ser famosa?
¿Quieres ganarte la vida?»
—Es el afán que me inquieta—
contestele con placer.
—«Comedianta puedes ser.»
—Llevadme en vuestra carreta.
—«Sube»,—me dijo.—Y subí:
y acabaron mis pesares.
Vi mundo, pueblos, lugares;
bravos y aplausos oí.
Un porvenir más risueño
surgió á mi vista seguro:
se me hizo el pan menos duro
y menos turbado el sueño:
la limosna que mancilla
cambié y el pobre tocado
por el traje de brocado
de «La Estrella de Sevilla»...
Dicen muchos que gusté,
que inspira mi voz Apolo...
No sé si es cierto: sé solo
que yo trabajo con fe,
y que mi esfuerzo corona
la suerte con mano amiga...
que ya no soy la mendiga:
¡que ya soy la Calderona!

QUEV. ¿Tal mote habeis escogido?

MARÍA No ha sido sólo invención.
Yo me llamo Calderón:

CALD. Teneis mi mismo apellido.

MARÍA Y el del poeta inmortal
que, sin duda, admirareis.

CALD. ¡Ah! ¿Vos sus obras haceis?

MARÍA Y, según dicen, no mal.
Afirmarlo no me toca.

CALD. Calderón mucho se holgara
si alguna vez escuchara
sus versos en vuestra boca.

MARÍA Me haceis muchísimo honor,
mas no acepto la finura.
¿Conoceis vos, por ventura,
lo que piensa el gran autor?

CALD. Acaso.

MARÍA Presunción es.
¡Quién sabe dónde estará
ahora Calderón!...

CALD. Está
muy humilde á vuestros pies.

MARÍA (Muy sorprendida.)
¿Cómo? ¿Vos?...

CALD. ¿Verme os apura?

MARÍA (Turbada.)
Señor, ¿qué direis de mí?
Vos, tan grande...

CALD. Grande aquí
no hay más que vuestra hermosura.

MARÍA ¿No me guardais prevención?

CALD. ¿Por tan necio me teneis?

MARÍA ¿Puedo esperar que me deis
generosa protección?

CALD. Os ofrezco mi amistad.

MARÍA Yo sé—por eso lo digo—
que sois del Rey grande amigo...

CALD. (Con recelo, al oir el nombre del Rey.)
Hónrame Su Majestad,
con efecto.

REY (Acercándose á Calderón. Aparte.)
(No os importe
de mí. Nada receleis.)

CALD. En fin, decid qué quereis.

MARÍA (Después de vacilar un momento.)
Representar en la Corte.

RANA (Con asombro.)
Muchacha, tú estás demente.

AVEN. Mucho ambicionas, María.

COR. ¿Representar? Cualquier día
la Amarilis lo consiente.

RANA — Si Su Majestad nos llama,
ella es quien ha de acudir.
MARÍA — ¿Y por qué sola ha de ir?
RANA — Porque es la primera dama.
MARÍA — El Rey me diera un papel
si alguien le hubiera contado
que la hija soy de un soldado
que dió su sangre por él.
REY — ¿Cómo? ¿Vuestro padre? .. (Con interés.)
MARÍA — Sí.
Fué un bravo, fiel á su ley..
REY — Haced que lo sepa el Rey.
MARÍA — ¿Y cómo, pobre de mí?...
¿Quién va á decírselo?
REY — Yo.
Eso mi deber me marca.
Sé que es gusto del Monarca
premiar á quien le sirvió.
MARÍA — Feliz me podéis hacer.
Yo amo á nuestro Rey preclaro.
REY — ¿Sin conocerlo? Eso es raro.
MARÍA — ¿No se ama sin conocer?
De Dios, con amor profundo,
el alma va siempre en pos.
REY — El Rey no es Dios.
MARÍA — Si no es Dios,
es su imagen en el mundo.
REY — Yo, le diré la fe ciega
que en vos enciende su llama.
QUEV. — (A Osuna, aparte.)
(Esta joven llega á dama.
OSUNA — ¿Qué decís?
QUEV. — Digo... que llega.)
REY — (Acercándose á Olivares, en voz baja.)
¿No te parece, Gaspar,
tan bella como prudente?
OLIV. — Sin duda.
REY — (Con malicia.) Aquí hay mucha gente.
A ver si puedes echar
á los curiosos.
OLIV. — (Acercándose al grupo en que están Calderón, Quevedo, Villamediana y Osuna.)
¿Sería
que nos fuésemos discreto?...

Quev. — (A Osuna.) El Rey va á hablarla en secreto.
Osuna — Bien va vuestra profecía.
Quev. — La hice desde que la ví.
Oliv. — (A Garci-Hernández, llamándolo.)
Ventero.
Garci — Vuestra excelencia
me mande...
Oliv. — Con gran prudencia
llévate á todos de aquí.
No quiere el Rey gente tanta.
Garci — Entendido. Soy un galgo.
(Al grupo en que están el Estudiante, Maese Sánchez y el Arriero.)
Venid, dejad á ese hidalgo
solo con la comedianta.
Est. — (Resistiéndose.)
¿Y por qué?
Garci — Callad, bolonio.
Arriero — (Como el estudiante.)
¿Quién es, que impone su ley?
Garci — Es... el Rey. (En voz baja.)
Est. — (Con asombro.) ¡El Rey!
Maese — ¡El Rey!
Garci — Bajo.
Est. — (Con pieardía.) ¡Demonio! ¡Demonio!
Garci — (Al grupo en que están los cómicos.)
Vamos, vuestra habitación
os mostraré.
Aven. — Se agradece.
Est. — (Al irse, mirando al Rey y á María.)
La Amarilis... me parece
que se queda en Alcorcón.
(Vanse todos, menos el Rey y María. Esta deja ver la sorpresa que le causa la dispersión general.)

ESCENA X

MARÍA, EL REY

María — ¿Por qué se alejan todos? ¿Sola quedo?...
Me sorprende la huida.
Rey — Mal hiciérais, señora, en tener miedo,
que hay con vos quien por vos diera la vida.

MARÍA — Gracias. Vuestro ademán y vuestro porte
son signos de nobleza y de denuedo.
¿Quién sois?

REY — Soy... un ingenio de la corte.

MARÍA — ¿Cultivais la divina poesía?

REY — Cultivarla creía,
pero estaba engañado, vive Cristo.

MARÍA — ¿Por qué?

REY — Porque hasta aquí no es conocía.
Solo canta lo bello quien lo ha visto.
¿Qué sabe el ciego de la luz del día?

MARÍA — Se vé que cortesano habéis nacido.

REY — ¿A la verdad llamais cortesanía?

MARÍA — Cesad en vuestro elogio inmerecido
si no quereis hacerme vanidosa,
que el halago se sube á la cabeza.

REY — No se engríe la rosa
por mucho que se alabe su belleza.
Por ser más celebrada
no se hace menos pura
ni deja de ser tersa y nacarada.
La rosa siempre es rosa: siempre es ella.
Y no debe á sí mismo su hermosura:
la debe á Dios que la formó tan bella.

MARÍA — A veces, de las flores
no son las más brillantes las mejores.
De todas, una sola—ved qué cosa—
á su màgico influjo se sujeta.

REY — ¿Cuál?

MARÍA — La humilde violeta,
la que, siempre medrosa,
se oculta entre la hierba y se recata.

REY — ¿Qué importa que se oculte cuidadosa
si su mismo perfume la delata?
Yo conozco otra flor que es más completa.

MARÍA — ¿Vos conocéis?...

REY — La que á las dos resume;
la que, rosa á la vez y violeta,
toma de una el color, de otra el perfume.

MARÍA — Y esa flor seductora
¿en dónde está?

REY — Muy cerca en este instante.

MARÍA — ¿No la puedo yo ver?

REY — ¿Vos? No señora.

MARÍA Lo siento, porque fuera interesante.
REY No hay un cristal á mano
que copie vuestro rostro sobrehumano.
MARÍA ¡Ah! ¿Soy yo?
REY No frunzais el entrecejo,
ni lo juzguéis antojos.
Si os queréis convencer—no hay otro espejo—
contemplad vuestra imagen en mis ojos.
(Pausa)
MARÍA Vais muy deprisa, hidalgo: no es prudente...
REY Sabéis que al dios-rapaz pintan alado.
MARÍA Pero, ¿vos me amais ya?
REY Seguramente.
MARÍA ¡Jesús! ¡Cómo os ha entrado! (Riéndose.)
REY ¿Hay rayo que no hiera de repente?
MARÍA Pues sabed que ese amor me contraría.
REY ¿Por qué?
MARÍA Porque no puedo
pediros una gracia que quería.
REY Pedid. Yo os la concedo.
MARÍA ¿Sabiendo que me amais? Si tal hiciera
lo probable sería
que vuestra propia estimación perdiera.
REY ¿Y si la acierto yo?
MARÍA ¿Sois adivino?
REY Llegar á serlo creo;
que amor al más negado hace ladino.
MARÍA ¿Sabéis lo que deseo?
REY Representar comedias en Palacio.
MARÍA No vais por mal camino.
¿Y lo podré lograr?
REY En breve espacio.
MARÍA ¿De veras? (Con alegría.)
REY Mi palabra está empeñada.
Iréis al Buen Retiro: yo os lo juro,
y seréis por la corte festejada.
De vuestra gloria el sol lucirá puro
con refulgente brillo...
MARÍA Al escucharos pensará cualquiera
que tenéis al Monarca en el bolsillo.
REY Lo que puedan pensar poco os importe.
MARÍA ¿Quién sois vos para hablar de esa manera?
REY Ya os lo he dicho.—Un ingenio de la corte.
(Pausa.)

MARÍA — En hacerse valer debe ser ducho
quien puede conseguir cuanto desea.

REY — Felipe cuarto me distingue mucho.
A palacio id mañana.
Yo haré que el Rey os vea
y tendréis su promesa soberana.

MARÍA — De un mesón al alcázar hay buen salto,
y de esa puerta el aldabón de acero
está, para una cómica, muy alto.

REY — Llamad y os abrirán.

MARÍA — Yo no lo espero,
aunque vos lo tengais por cosa cierta.

REY — Callad Aquí hay papel, pluma y tintero
(Acercándose á una mesa en la que habrá dichos objetos y en la que escribe con rapidez.)

MARÍA — ¿Qué hacéis?

REY — (Escribiendo.) Dejad que acabe.

MARÍA — ¿Conque en palacio me abrirán la puerta?

REY — (Dándole el papel que ha escrito.)
Vos misma la abriréis. Esta es la llave.

MARÍA — ¿Llave este escrito?

REY — Como tal lo entrego.
El del alcazar os dará la entrada.
Preguntad por Velázquez: por don Diego;
por el pintor del Rey: eso es bastante.

MARÍA — ¿Y qué le digo?

REY — Nada:
dejad á mi cuidado lo restante.

MARÍA — En todo del misterio echais el velo.
(Señalando al papel que tiene en la mano.)
¿Puedo ver lo que dice?...

REY — Sí señora.

MARÍA — (Leyendo.)
«Tome el pintor Velázquez por modelo
á quien es de estas letras portadora.»
¿Yo modelo?

REY — Lo sois en hermosura.

MARÍA — (Con malicia, enseñándole el papel.)
Falta la firma.

REY — La omisión no es grave.
Velazquez ya conoce mi escritura.

MARÍA — ¿Dará juego el resorte?

REY — Podéis estar tranquila. El pintor sabe...

MARÍA — (Terminando la frase, también maliciosamente.)
Sí; que sois... un ingenio de la corte.

REY Cabal.

MARÍA Por siempre os viviré obligada.
Y ahora, señor hidalgo... el *ingenioso*,
con Dios quedad. Fué larga la jornada.
Necesito reposo.

REY ¿Tenéis habitación?

MARÍA (Señalando á una de las de la galería alta.)
Ser debe aquella:
la segunda, me dijo el posadero.

REY (Ofreciéndola el brazo, que ella rechaza.)
Mi brazo os puede conducir hasta ella.

MARÍA Iré bien sola. Gracias, caballero.

REY ¿No queréis aceptar?...

MARÍA Se os ha olvidado
algo que dije y recordaros quiero.

REY ¿Qué es ello?

MARÍA Que mi padre fué soldado.

REY ¿Y qué tiene que ver?...

MARÍA En su agonía
llamóme á su presencia
y me dijo: «Hija mía,
nada te puedo dar: mi honra es tu herencia.»
Nunca de escuchar dejo
de aquel profundo afecto el testimonio.
¿Qué queréis? Yo adoraba al pobre viejo
y aspiro á conservar su patrimonio

REY En nada mi intención de acompañaros
se opone a que sigais tan buen consejo.
(Insistiendo en ofrecerla el brazo.)
Dejad...

MARÍA No os empeñéis: no he de dejaros.
Antes—comparaciones de poeta—
dijisteis que era yo rosa preciada.

REY Rosa dije á la vez y violeta.

MARÍA Pues la comparación, por vos usada,
á contestar á vuestra oferta invita.
No olvideis que la rosa es delicada
y al más leve contacto se marchita.

REY Cuando un hidalgo ofrece—tal lo creo—
su palabra de honor la fe despierta.

MARÍA ¿Y qué me ofreceis vos?

REY Que no deseo
de vuestro cuarto traspasar la puerta.

MARÍA Siendo así, no os rechazo.

REY Estrella sois que me marcais el norte.
(Ofreciéndoselo.)
Comedianta del Rey... este es mi brazo.

MARÍA (Apoyándose en él.)
Vamos, señor ingenio de la Corte.

(María y el Rey suben lentamente la escalera deteniéndose á cada momento y hablando.)

ESCENA XI

DICHOS, LA REINA, DOÑA INÉS. Después EL CONDE DE VILLAMEDIANA

(La Reina entreabre la puerta y cuando juzga que el Rey no puede verla, sale de la habitación, seguida de doña Inés.)

REINA Sígueme.

INÉS Calma, señora.

REINA Salgamos de este mesón,
tumba de mis ilusiones,
cementerio de mi amor.

INÉS Esperar fuera prudente
á que el Rey se fuese.

REINA No;
no quiero. Ya lo ví todo.
¡Y decías que el traidor
no vendría!

INÉS Mi deseo...

REINA El vino; quien no llegó
fué la mujer que esperaba:
mas de suplirla ocasión
logró hallar... ¡Ni en las traiciones
es firme!... Tal lo hizo Dios.

INÉS Reponeos y partamos.

REINA Bien dices. ¡Aquí murió
mi dicha!

(La Reina y doña Inés se disponen á salir. Villamediana entra precipitadamente.)

VILLA. Sin que me vieran
me escapé...
(Encontrándose frente á frente con la Reina y reconociéndola asombrado.)
¡Señora!... ¡Vos!

REINA (Con gran sorpresa.)
¡Villamediana!

INÉS Silencio;
que está el Rey.

VILLA. (En voz baja y reconcentrada, hasta el fin de la escena.)
¿No es ilusión?
¿Vuestra Majestad de noche
en una venta?

REINA Sí; yo.

VILLA. ¡La Reina!

REINA No; la engañada
mujer, que tuvo valor
de comprobar por sí misma
del que amaba la traición.

VILLA. ¿Vinisteis?...

REINA En vos confío:
quede siempre entre los dos
este secreto.

VILLA. Señora...

REINA Compadeced mi dolor
y olvidad que me habeis visto
aquí esta noche.

VILLA. Eso no.
Ofrecer no puedo olvido:
solo ofrezco discreción:
que, aunque cien veces lo jure,
no os olvida quien os vió.

REINA Conde, soy muy desgraciada.

VILLA. ¿Qué decís?

REINA Que sin amor
nadie es dichoso. No tengo
el mayor bien que hizo Dios.

VILLA. (Sin poder contenerse.)
Amor no os falta, señora:
¿quién más grande lo inspiró?
Lo que hay es que entre la nieve
buscais fuego abrasador
y no quereis ver la hoguera
que arde muy cerca de vos.

REINA (Con temor empezando á comprender.)
¿Eh? ¿Qué?

VILLA. (Con arranque.) ¿Decís que no os aman
estando presente yo?

REINA ¡Insensato! ¿Qué habeis dicho?
VILLA. Lo que ya del corazón
se me escapa.
REINA (Con dignidad.) De una Reina
solo esa frase el honor
mancha.
VILLA. ¿Quereis que me arranque
la lengua que os agravió?
Mandad.
REINA Os mando que nunca
me hableis más.
(El Rey habrá estado, durante todo el diálogo de la Reina con Villamediana, hablando con María, á la puerta de su cuarto, vuelto de espaldas á aquellos. Cuando María entra en su habitación y cierra la puerta, el Rey se vuelve y al ver á Villamediana con una mujer, dice en tono de broma, mientras baja la escalera.)
REY ¡Bravo, señor
Conde de Villamediana!
VILLA. (Con terror.)
¡El Rey!
REINA (Tapándose apresuradamente con el velo.)
¡Dios Santo! ¡Nos vió!
REY (Siempre en el mismo tono festivo.)
¿Con tapadas misteriosas
teneis cita en un mesón?
VILLA. (Turbado.)
Señor...
REINA ¿Y la Dulcinea
de quien erais amador?
¿Y aquella pasión ardiente?
VILLA. No formeis mala opinión.
Vuestra Majestad no sabe...
REY Sé que os pesco, voto á brios,
en un renuncio y que es fuerza
aclarar esta cuestión.
¿Quién es la gentil tapada?
VILLA. (Con miedo.) ¿Cómo? ¿Queréis?...
REY ¡No que no!
Quiero verla.
REINA (Aparte.) (¡Estoy perdida!)
VILLA. No penseis eso; señor.
Yo os juro que es una dama.
REY No esteis de chanza, por Dios.

¿Vienen de noche á las ventas
las damas de alto blasón?

VILLA. (Con energía, levantando la voz.)
¡No es posible. ¡Lo repito!

REY (Con extrañeza al ver la actitud de Villamediana.)
Estais alborotador.

VILLA. ¡Por piedad!...

REY (A la Reina, señalando al velo.)
Vamos, señora;
rompa esas nubes el sol.

ESCENA XII

DICHOS, CALDERÓN, QUEVEDO, EL DUQUE DE OSUNA, EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES, GARCI-HERNANDEZ, AVENDAÑO, JUAN RANA, EL ESTUDIANTE, MAESE SÁNCHEZ, EL ARRIERO, Mozas, Cómicos y trajinantes. Van llegando todos por lados distintos

OSUNA ¿Qué voces?...

QUEV. ¿Qué es lo que ocurre?

REY Venid todos.

REINA (Aparte á Villamediana con angustia.)
(Salvación
no queda.)

VILLA (Con energía.) (¡Nadie ha de veros
mientras tenga vida yo!)

CAL. ¿Quién motiva el alboroto?

REY Del Conde la obstinación.
Figaraos que se empeña
en que es dama de gran pro
esa tapada y no quiere
que su rostro seductor
contemplemos.

CAL. (A Villamediana.) ¿Qué os importa?
¿Acaso vino con vos?

VILLA ¡Viniese ó no, yo la amparo!

QUEV. ¿Estais loco?

OSUNA ¡Qué tesón!

VILLA Nadie ha de verla. ¡Lo juro!

OSUNA (Queriendo calmarlo.)
Que os oye el Rey.

VILLA (Cada vez más enérgico.) ¡Por mi honor

que si alguien toca á ese velo
le atravieso el corazón!

REY ¿Estais de humor de tragedia?

VILLA Estoy cumpliendo, señor,
mi deber de bien nacido.

OSUNA Propongo una transacción.
¡Que esa mujer se descubra
á uno, al que quiera mejor,
y ese dirá si debemos
verla nosotros ó no.

REINA (Con rapidez, fingiendo la voz.)
Acepto.

VILLA (Con sorpresa.)
¿Cómo? ¿Aceptais?

CAL. ¿Y á quién elegís?

REINA A vos.

OLIV. Don Pedro es el favorito.

REY Tiene suerte Calderón.

CAL. (Acercándose á la Reina.)
Dejad, pues, que el juez os vea.

REINA (Levantando el velo, de modo que no la vea nadie más que Calderón, le dice con su voz natural y con gran angustia.)
(¡Socorredme, por favor!
¡Sacadme de aquí!)

CAL. (Con gran asombro.) (¡La Reina!
¡Cielos!)

REY Vamos; ya la vió.

OLIV. (Acercándose, como todos, á Calderón, con curiosidad.)
¿Y qué tal? ¿Es muy hermosa?

OSUNA ¿Es dama de condición?

QUEV. ¿Quién es?

CAL. (Con entereza.) Responder no puedo.
Sólo á mí se descubrió
y conmigo de la venta
saldrá. Soy su protector.

OLIV. ¿Sin que ninguno la admire?

CAL. Por todos la admiré yo.

REY (Picado.)
¿Y si yo saber quisiera?...

CAL. (Secamente.)
No os bastara la intención.

REY ¿Ni á mí?

CAL. Ni á vos.

REY ¿Por qué causa?
CAL. Porque va en ello mi honor.
Mi alcalde de Zalamea
recordad, que es la ocasión.
REY ¿Sois Pedro Crespo?
CAL. Repito
lo que el buen Crespo afirmó:
«Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.»
(Calderón ofrece su mano á la Reina, que la acepta, y salen seguidos por doña Inés. Todos les abren paso. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El estudio de Velázquez.—Salón de Palacio destinado á estudio de Velázquez. Algunos de sus euadros más eonoeidos están eolgados en los muros ó puestos sobre eaballetes. Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, QUEVEDO, CALDERÓN, EL DUQUE DE OSUNA, VELÁZQUEZ, EL CONDE DUQUE DE OLIVARES, DON LUIS DE HARO. María, eoloeada en un sitial elevado, sirve de modelo á Velázquez, que pinta. Olivares y Haro hablan, en dos sitiales, á un extremo de la escena, separados de los demás personajes que rodean á Velázquez y á María

VEL. (A María.)
No os movais. En la postura
que teneis en este instante
brilla de vuestro semblante
con plena luz la hermosura.

MARÍA Me sonrojais.

VEL. ¡Quieta! ¡Quieta!
Belleza no ví más rara.

MARÍA Se habrá pasado á mi cara
la que sobra á la paleta.

VEL. Correspondeis con usura...

CALD. Dignos son ésta y aquél:
la hermosura del pincel
y el pincel de la hermosura.

MARÍA (A Calderón.)
Quien sois en todo se advierte.
CALD. ¿Cómo?
MARÍA Vuestro ingenio encanta.
OLIV. (A Haro.)
No puede la comedianta
tener queja de su suerte.
HARO El amor habla en su abono.
OLIV. ¡Buen salto!
HARO Teneis razón.
OLIV. Hace poco, en un mesón:
hoy—ya la ves—sobre un trono:
(Señalando al sitial en que está.)
con un rey, fiel á su ley,
de cien artistas seguido,
de nobles...
HARO (Interrumpiéndole.) Y de un valido
más poderoso que el Rey.
QUEV. (Mirando el cuadro que pinta Velázquez.)
¡Bravo!
OSUNA Que es, podeis decir,
digna de vos la pintura.
CALD. Y digna de la hermosura
que vais á reproducir.
MARÍA Por Dios que estais lisonjero.
Vais á turbar al pintor.
VEL. Al revés: me hace un favor
y que no se calle espero.
CALD. Mirad: os propongo un trato
Si esta dama lo consiente,
yo haré simultáneamente
que vos lo haceis, su retrato.
VEL. ¿Vos retratais?
CALD. Sí, por Dios.
QUEV. ¿Quereis que un palenque se abra?...
CALD. Yo lo haré con la palabra
mientras sobre el lienzo vos.
VEL. (Hablando y pintando al mismo tiempo.)
Empezad, pues, al instante.
CALD. Pues empiezo y seré breve.
Sembrad rosas entre nieve,
á ver si sale el semblante.
Encima, de aromas llena,
yo una azucena pintara,

que la frente se enojara
si se olvida la azucena.
No sabrán nuestros pinceles
la fresca boca copiar
si no saben engarzar
las perlas en los claveles.
Esos rayos son muy rojos.
Más tranquilos deben ser.
Cabal. Un atardecer...
¡Ya van saliendo los ojos!
Ved un cisne que allí va
y sobre el agua resbala.
Pintadle más blanca el ala...
Ala ó cuello, ¿qué más da?
Una palmera ligera
poned donde el talle coge,
y eso... que acaso se enoje
el talle, no la palmera.
La ancha falda al terminar
los piés, por el raso presos,
como rapaces traviesos
que se ocultan por jugar.
Y si á repetir infiel
se niega tantos primores,
no lo mojeis en colores,
¡mojad en luz el pincel!

MARÍA. Poeta sois hasta al pintar.

VEL. Por eso mi mano guía.
Copia mejor la poesía
quien la mira y lo oye al par

HARO (A Olivares, siempre lejos de los demás.)
¿La Reina es siempre al Rey fiel?

OLIV. Tal vez hasta ahora le ha sido,
pero hay que sacar partido
de las imprudencias de él.
El encuentro del mesón
tuvo miradas curiosas,
y él hizo después cien cosas
que agravan la situación.
La Reina y Villamediana
son nombres que unidos van,
y siempre en labios están
de la gente cortesana.
Con eso basta, á mi ver.

HARO ¿Qué intentais?

OLIV. Mi fin persigo.
La Reina es el enemigo
constante de mi poder.
¿Quién repara en caso tal
en calumnia más ó menos?
Todos los medios son buenos
para perder á un rival.

HARO ¿Siente ya su regio esposo
de los celos el dolor?

OLIV. No le deja el nuevo amor
tiempo ni aun de estar celoso;
pero eso vendrá en su día.

HARO Motivos tiene de peso
ahora, después del suceso
de ayer, en la galería.
Dicen que el Rey, de repente,
tapó sus ojos, por juego.

OLIV. Cierto; y que ella dijo luego:
«¿Sois vos, Conde? ¡Qué imprudente!»

HARO ¿Y el Rey tal culpa perdona?

OLIV. Ella, advirtiendo su error,
añadió al punto: «Señor,
sois conde de Barcelona.»

HARO ¿Cómo?

OLIV. Lo pudo engañar
con excusa tan sencilla,
pero quedó la semilla,
y yo la haré germinar.
La Reina se juzga fuerte.
Veremos si acierta ó no.

HARO ¿Qué decís?

OLIV. Que entre ella y yo
la guerra es franca y á muerte.
Ella el poder ambiciona
que para mí solo quiero.

HARO (Con ironía.)
Poder que hoy, según infiero,
reside en la Calderona.

OLIV. Durará poco esa llama;
por eso no hay que temer.
Me asusto de la mujer;
no me asusto de la dama.

CALD. Mucho tarda el Rey.

OLIV. Verdad.
Algo grave le sujeta.
(Levantándose. A Haro.)
Ven.
QUEV. ¿Cómo? ¿Os vais?
OLIV. Sí, me inquieta
que tarde Su Majestad.
(Saludando. Todos se levantan.)
No os molesteis. Volveré.
(A Velázquez.)
Adiós, rey de los pintores.
VEL. Conde-Duque...
OLIV. Adiós, señores.
(Vanse Haro y Olivares.)
QUEV. ¡Gracias á Dios que se fué!

ESCENA II

DICHOS, menos OLIVARES y HARO

OSUNA (A Calderón.)
¿Conque al cabo llegó el día
de vuestro invento oportuno?
CALD. Cabal: hoy hace Neptuno
maridaje con Talía.
VEL. Un efecto extraordinario
producirá.
QUEV. Ya lo admiro.
¡El lago del Buen Retiro
convertido en escenario!
OSUNA Idea de Calderón.
Sobre agua y entre jazmines,
dar de noche en los jardines
una representación.
VEL. Al ingenio castellano,
fuente de eterno raudal,
abre palenque el cristal
de un estanque soberano.
OSUNA Diz que sus ninfas son bellas.
CALD. Asegurarlo podeis,
que esta noche en él vereis
á la más hermosa de ellas.
MARÍA Por Dios...

CALD. Satisfecha miro
vuestra esperanza de ayer:
sois lo que anhelábais ser:
la dama del Buen Retiro.
VEL. Vuestro sueño se cumplió.
QUEV. (A Osuna, bajo.)
De profeta tendré fama.
Dije que iba para dama...
OSUNA ¿Y qué?
QUEV. (Con malicia.) Pues.. que ya llegó.
MARÍA Dudo y tiemblo, á pesar mío.
CALD. Triunfaréis. Decirlo puedo.
VEL. ¿En qué pensais vos, Quevedo?
QUEV. Yo no pienso: me extasío.
VEL. ¿Que os extasiáis?
QUEV. ¿Os extraña?
Fuera faltar al deber
no sentir júbilo al ver
qué bien va todo en España.
Bien véis que aun quedan tesoros.
Hoy música y bailoteo;
mañana, farsa y torneo;
pasado, fiesta de toros. .
Necesita estar en vilo
quien gozar de todo intente.
¿Hay prueba más evidente
de que el reino está tranquilo?
¿Quién dice que esto va mal,
porque el vulgo refunfuña
y hay revuelta en Cataluña
y guerra con Portugal?
¡A divertirse, por Cristo!...
Sigan, sigan los festejos ..
Y si se acaban los viejos
se inventan otros... y listo.
Nuestro tiempo no es igual
á otros de luchas y encono...
Antes se perdía un trono
en un combate naval;
pero eso era un torpe arranque
de innecesario valor:
hoy se hace mucho mejor:
¡se hunde un reino en un estanque!
CALD. Siempre la sátira fiera.

QUEV. No hablo en broma.
VEL. ¡Humor bendito!
QUEV. Preguntadle al favorito
si la nación no prospera.
OSUNA El es quien, falso á su ley,
engaña al Rey, voto á brios.
QUEV. ¿Qué ministro vísteis vos
que no engañara á su Rey?
Un ministro es un cristal,
no blanco, sino rosado,
que está siempre colocado
del Rey en el ventanal.
Quien tras un cristal corriente
mira sin preparación,
ve las cosas còmo son,
porque aquel vidrio no miente:
mas si del balcón las hojas
rojas ó verdes ponéis,
las cosas que tras él veis
son también verdes ó rojas.
Un Rey, dichoso mortal
por su ministro velado,
lo ve todo sonrosado
porque es rosa su cristal.
¿Que de su pueblo la grey
miserias ó angustias siente?
—Todo va perfectamente,—
le dice el ministro al Rey;
y éste del triunfo se ufana
y piensa que el reino sube.
¿Va á ver que es negra la nube
siendo rosa la ventana?
Pero el Rey, si bien se mira,
no es culpable del error:
lo es aquel vidrio traidor
que le lleva la mentira.
Y no puede el Soberano,
siempre tras esa vidriera,
ni ver lo que pasa fuera
ni respirar aire sano.
Para hacerlo, voto á tal,
no tiene más que un registro:
echar lejos al ministro...
¡romper de un golpe el cristal!

OSUNA Como este puedo deciros
que no hubo en época alguna.
QUEV. Callad, buen Duque de Osuna,
no tengais que arrepentiros.
Ministros habrá á millares
y baja tanto el nivel,
que algunos vendrán tras él
que harán bueno al de Olivares.
OSUNA Triste es vuestra profecía.
QUEV. ¿Qué queréis? Es un dolor,
pero es cada vez peor
aquí la cristalería.
OSUNA No abriguéis ese recelo.
QUEV. Hay que tenerlo.
VEL. ¡Eh! Callad,
que vienen...
UJIER (Anunciando en la puerta)
Su Majestad,
señores.
REY Guárdeos el cielo.

ESCENA III

DICHOS. El REY. Todos se levantan

OSUNA Señor...
REY Quietos. La etiqueta
romper á veces es ley.
Se unen bien lira y paleta.
Por unas horas el Rey
le cede el puesto al poeta.
VEL. ¿Viene Vuestra Majestad?..
REY A pedir al buen don Diego
alegre hospitalidad,
al calor del grato fuego
del ingenio y la amistad.
MARÍA (Queriendo bajar del sitial. El Rey la detiene.)
El pintor está cansado.
Permitidme que de aquí...
REY ¿Os vais porque yo he llegado?
¿Por ventura merecí
castigo tan extremado?
MARÍA Señor...

REY (Aparte, con rapidez.)
(Quedaos, María.)
MARÍA (También aparte al Rey, rápidamente.)
(Ved que nos oyen: no es cuerdo...)
REY (Alto.)
Si me atreviera os diría
unos versos que recuerdo
de cierta comedia mía.
CALD. ¿Vuestra?
REY ¿Os causa admiración?
Siempre he sido—no lo niego—
vuestro émulo, Calderón,
y aunque á igualaros no llego
no me falta inspiración.
Se trata de una mujer
á quien un Monarca adora.
El la quiere detener
porque ella, cual vos ahora,
se aleja...
QUEV. (Con ironía.)
Para volver.
VEL. Será una escena inspirada.
REY Que se halla en riesgo de muerte
ella dice en la jornada.
QUEV. ¿Y el Rey no contesta nada?
REY El Rey dice de esta suerte.
(Haciendo que recita los versos de la comedia, pero en realidad dirigiéndose á María.)
¿Vos en riesgo? ¡Vive Dios,
que es chistosa la ocurrencia!
Aquí la dueña sois vos.
Mandad, que irá la obediencia
de vuestro mandato en pos.
¿Pobre hallais este paraje?
Pues de mi voz al conjuro,
por daros bello hospedaje,
el cincel herirá el muro
y la piedra se hará encaje.
¿Vuestro pie tapiz ansía
de mayor gala cubierto?
Pedidlo, que hay todavía
panteras en el desierto
y alcatifas en Turquía.
¿Quereis perlas? Las llevais

en vuestra boca hechicera.
¿Son rosas lo que anhelais?
Yo haré, porque las tengais,
pacto con la Primavera.
¿Ansiais de hermosos diamantes
el collar más rico y bello?
Yo os los daré deslumbrantes;
pero sobre vuestro cuello
dejarán de ser brillantes.
¿Qué he de daros, pesiamí?
Las joyas hacen agravios
á quien es joya por sí...
que Dios hizo vuestros labios
para afrenta del rubí.
¡Oh! Sí. Venís á reinar
de este espacio á los confines:
si así los quereis dejar,
¿á quién van á celebrar
las ninfas de estos jardines?
¿Qué se harán los ruiseñores?
¿Por quién, con rítmico celo,
cantarán tiernos amores?
¿A quién copiarán las flores
si no os tienen por modelo?
No, no dejeis, inhumana,
á las aves silenciosas,
á las ninfas sin hermana,
sin perfumes á las rosas
y á todos sin soberana.

VEL. Hay en los versos pasión.

MARÍA (Aparte al Rey, que está á su lado.)
Gracias.

REY (Aparte á María.)
(Vuestro amor asedia
y rinde á mi corazón.)

QUEV. ¿Y no da contestación
la dama de la comedia?

CALD. Tiene que darla, á fe mía.

REY (Con malicia.)
Sí, pero yo la olvidé.
¿La recordais vos, María?

MARÍA (Con mezcla de amor y miedo.)
No, señor; yo no la sé...
mas pienso cómo sería.

REY — Referidlo sin temor.

MARÍA — (Haciendo lo que el Rey; esto es, fingiendo que recita los versos, pero dirigiéndose á su amante.)
La mujer se me figura
que debió decir: «Señor,
yo no merezco ese amor
ni merezco esa ventura.
Por la existencia perdida
seguí bien duros senderos,
tan triste y tan desvalida,
que ha sido el de conoceros
mi primer goce en la vida.
Muere marchita la flor
que un rayo de sol no hiere
dándole savia y calor,
y lo mismo el alma muere
sin los rayos del amor.
Mas, aunque ya en la agonía
juzguen perdida su palma,
recobran la lozanía
la flor al beso del día,
del amor al beso, el alma.
Todo, tras noche profunda,
si arde del cielo el crisol,
renace á vida fecunda...
Yo soy la flor moribunda,
vos sois el rayo de sol.»
(Transición.)
Sus palabras, claro está
que no aprendí de memoria;
mas digo que esta será
la respuesta que dará
la dama de vuestra historia.

QUEV. — (En voz baja á Velázquez, señalándole el grupo que forman María y el Rey.)
No se os escurra el pincel
y salga el grupo.

VEL. — Cuchilla
es vuestra sátira cruel.

QUEV. — Bien, bien... Pintad á Isabel,
pero ocultad á Marsilla.

REY — (A María.)
Se ensancha el alma al oiros.
(De pronto, como si se acordara de algo.)

Mas, por Dios, que con la espera
se me olvidaba deciros...

MARÍA ¿Qué?

REY Que vuestra costurera
está esperando á serviros.

MARÍA ¿El traje de la función
de esta noche?

REY Justamente.
Admitid el pobre don
Es un modesto presente
de mi grande admiración.

MARÍA Señor...

REY Ya están terminados
vestidos, cascos y aceros
de príncipes y soldados.
Ensayando sus tocados
quedan vuestros compañeros.

MARÍA (Disponiéndose á bajar del sitial.)
Pues voy al instante

REY Sí:
id y volved sin demora.

MARÍA ¡Cuán bueno sois para mí!

REINA (Apareciendo en la puerta, seguida de doña Inés)
Velázquez...

MARÍA (Viéndola.) ¡Cielos!

VEL. (Con sorpresa) Señora. .

REY (Aparte, con disgusto.)
(¿Qué es esto?)

CALD. ¡La Reina aquí!

ESCENA IV

DICHOS, la REINA, DOÑA INÉS

REINA (Rompiendo con viveza el silencio que sigue á su llegada.)
De molestaros no trato.
Con poca oportunidad
llegué...

VEL. Vuestra Majestad
viene...

REINA A seguir mi retrato.
Es decir, á eso venía,

sin duda mal inspirada,
puesto que estaba ocupada
la silla que ha sido mía.

REY (Turbado.)
¿Qué decís?

MARÍA (Bajando del sitial.)
Quien la ocupó
en ella á disgusto estaba:
ya veis que la abandonaba
cuando la Reina llegó.

VEL. Podemos continuar
vuestro retrato, señora.

REINA (Con intención y acritud.)
¿Me proponeis que yo ahora?...
No: vos teneis que pintar
otras cosas. Os deseo
fortuna en ellas completa.
No puede vuestra paleta
tener más brillante empleo.
¡Derrochad luz y colores!
Ni yo os quiero importunar,
ni este es ahora mi lugar.
Perdonadme. Adiós, señores.
(Va á salir. El Rey se acerca á ella y le ofrece la mano.)

REY Pues no os quereis detener,
nada tengo que objetaros.
Permitidme acompañaros
cumpliendo con mi deber.

REINA ¿Para qué? (Con aspereza.)

REY (Con energía.) Juntos los dos
saldremos.

REINA Como gusteis

REY (Aparte á la Reina, al salir.)
(Señora, ved lo que haceis.

REINA ¿Yo, Felipe? ¡Vedlo vos!) (Vanse.)

ESCENA V

DICHOS menos el REY y la REINA

OSUNA ¡Buen chasco!

QUEV. Sí, de primera;
la Reina cela al marido.

CALD. (Á María.)
No echeis, señora, en olvido
que vuestro traje os espera.

MARÍA No: venid; así verá
si es de su gusto, el autor
de la obra.

CALD. Yo y el pintor. (Por Velázquez.)

MARÍA Pues vamos.

VEL. Vamos allá. (Vanse todos.)

ESCENA VI

JUAN RANA y LA CORONEL, ambos vestidos con el traje de la comedia que se va á representar

RANA (Saliendo y mirando á todas partes.)
Tú ven siempre á mi lado.

COR. Mira que van á echarnos, condenado.

RANA ¿A mi?

COR. Temo á las gentes cortesanas

RANA ¿Soy yo, acaso, el primero de los Ranas
que entra en casa del Rey con noble arranque?
Ranas ha habido siempre... en el estanque.

COR. Verdad.

RANA (Con énfasis.) Vengo á palacio por mi fama.
Es el rey, el rey mismo, quien me llama.

COR. ¡Toma! y á mí también.

RANA Es otra cosa.
A tí no te han llamado por famosa.

COR. ¿Pues no vine contigo?

RANA Es... porque supo el Rey qne soy tu amigo.

COR. ¡Fátuo!

RANA Me conocía
mi buena madre. Siempre le decía
á mi padre, aunque el pobre estaba sordo:
«Juan, va á ser algo gordo, ¡algo muy gordo!
Por Rana ha comenzado su jornada:
tal vez la acabará por pez de espada.»
(Cambiando de tono.)
Te va bien ese traje.

COR. Dama he de parecer de alto linaje.
Con razón lo colijo;
que antes hallé á un lacayo que me dijo

con mucha reverencia:
«¿quiere agua de limón Vuestra Excelencia?

RANA. Excelencia... ¡Criatura!
¿Y qué? ¿Le contestaste con finura?

COR. Le dije: ¿Yo, agua clara?
Si fuera un buen torrezno, lo tomara.

RANA. También á mí un criado
«señor duque» dos veces me ha llamado.

COR. ¡Anda! Te ha confundido.

RANA. Es que ha visto mi porte distinguido.
¿No parezco yo un duque?

COR. ¡Ya lo creo!

RANA. Voy á imitar al Rey. Un bailoteo
con máscaras, zampoñas y clarines
he de arreglar muy pronto en mis jardines

COR. ¿Sí?

RANA. Daré por millares
refrescos, golosinas y manjares.

COR. ¿Y torreznos darás?

RANA. Algo más fino:
jamón que pringa menos que el tocino.

COR. Mira, burlas dejemos
y vamos al ensayo; no faltemos.
Hay que poner cuidado,
que hoy no es, como hasta aquí, nuestro senado
gente de pobre esfera,
lugareños ó hidalgos de gotera.
Hoy es el Rey, la corte, los magnates...

RANA. Tanto mejor.

COR. No digas disparates,
hombre: cuando te obcecas...

RANA. En Móstoles, en Pinto ó en Vallecas,
puede silbar quien quiera, es permitido;
pero aquí quien nos silbe está perdido.

COR. ¿Cómo?

RANA. ¿Piensas que el Rey consentiría
que diesen un disgusto á la María?

COR. ¿Entonces es verdad que?...

RANA. ¡Friolera!

COR. (Bajando la voz.)
Dicen que es...

RANA. (Con misterio.)
¡Es la Reina verdadera!
Yo pedirle algo bueno he decidido.

COR. Pues, mira, yo también... ¿Y qué le pido?.
RANA Dí que te hago azafata.
COR. De fijo me lo hará, que no es ingrata.
Hazte *azafate* tú.
RANA Pondré los puntos...
COR. *Azafatearemos* los dos juntós.
RANA El puesto me conviene.
(Mirando hacia el interior)
Corre, muchacha; que la Reina viene.
COR. ¿La Reina? Corre tú: no lo dilates.
RANA Última escena. ¡Fuga de azafates! (Vanse.)

ESCENA VII

LA REINA, DOÑA INÉS.

REINA (Desde la puerta, á doña Inés, que habrá pasado delante, observando y con precaución.)
¿Se fueron ya?
INÉS Sí, señora.
Podeis pasar sin cuidado.
REINA (Viendo que no hay nadie.)
Aun no está.
INÉS ¿Le habeis citado
aquí?
REINA Y á esta misma hora.
INÉS (Reconviniéndola.)
Ha sido imprudencia.
REINA Sí;
mas no la mía; la suya.
¡Es fuerza que esto concluya!
Mira si está por ahí
aguardando.
INÉS Fácil fuera.
Si ha visto gente, quizá...
REINA (Señalando una puerta.)
En esa estancia.
INÉS (Asomandose á ella.) Aquí está.
(Desde la puerta, al Conde que aparece.)
Pasad: la Reina os espera.
(Vase doña Inés.)

ESCENA VIII

LA REINA, EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

REINA (Con dignidad.)
Conde, faltando al deber
á solas hablaros quiero.
VILLA. No es noble ni es caballero
quien no sabe agradecer.
REINA Gratitud no ha menester
la que no otorga favor.
Os llamo porque en rigor,
yo necesitaba hablaros:
si pensais que he de obligaros
haceis injuria á mi honor.
VILLA. Sé que ante vos soy pequeño,
pero sé que me llamais
y que al llamarme me dais
el mayor bien con que sueño.
REINA Por castigar vuestro empeño
de esta cita vengo en pos.
VILLA. Pues castigadme, por Dios;
heridme con mano fuerte...
¡yo bendeciré la muerte
si la recibo de vos!
REINA Soporté vuestros amores,
más piadosa que prudente,
mientras fueron solamente
vuestros ojos habladores:
ahora ya sus resplandores
muestra el fuego que os sofoca:
habla vuestra audacia loca
y me dais grandes enojos.
Lo que es lícito en los ojos
es criminal en la boca.
VILLA. Decís bien.
REINA De ello me duelo.
VILLA. Fuí osado, torpe, impío...
¿más que culpa tiene el río
de que lo acrezca el deshielo?
Corre limpio el arroyuelo

que prados y lirios riega,
pero del monte á la vega
baja de pronto el raudal,
y se desborda el cristal
y cubre el valle y lo anega.
Mi amor era el agua pura
que riega la ancha extensión
y el encuentro del mesón
fué la nieve de la altura.
Si el agua, tomando anchura,
inundación se hizo en breve,
no fué el arroyo el aleve,
sino el torrente bravío...
¿Vais á hacer que pague el río
culpas que son de la nieve?

REINA. Basta. Ni os debo atender,
ni para esto os he llamado.
A la Reina habeis osado
y ofendido á la mujer.

VILLA. Decidme qué debo hacer
y en vuestras manos me entrego.

REINA. Cortar al momento el fuego
que ya se extiende y nos daña:
partiros lejos de España...
Yo os lo mando .. ¡yo os lo ruego!

VILLA. (Con sorpresa y disgusto.)
¿Qué me pedís?

REINA. Lo que sé
que cura siempre al amante.

VILLA. ¡Salir de aquí!...

REINA. Y al instante.

VILLA. (Con resignación, haciendo un esfuerzo.)
Vos lo mandais; partiré.

REINA. Muy lejos.

VILLA. Lejos me iré:
no me oireis aunque me queje.

REINA. Ni volvais mientras no os deje
la pasión que así os devora.

VILLA. (Con expresión de tristeza.)
Eso es decirme, señora,
que para siempre me aleje.
A obedeceros me allano,
pero sois harto cruel.

REINA. Conde...

VILLA. Dé á un subdito fiel
la Reina á besar su mano. (La Reina vacila.)
¿No quereis?

REINA (Alargándole la mano después de dudar.)
Fuera inhumano
trataros con destemplanza.
Tomad.

VILLA. (Besándosela.) Con esto me alcanza
el solo bien que apetezco.
¿Me cdiais?

REINA (Con pena.) No, que os compadezco,
porque amais sin esperanza.
Mucho ese mal conccí,
y hoy quiere la suerte dura
que yo os cause la amargura
que otros me causan á mí.
Mas sabed que, aun siendo así,
mi destino es más fatal.
Vos pódeis huir del mal;
yo no: yo soy el sediento
á quien aviva el tormento
la vista del manantial.

VILLA. ¿Y el ver la fuente correr
es el mal que os desconsuela?
¡Feliz quien ve lo que anhela
aun sin poderlo coger!
La desventura es no ver,
como yo, que parto luego,
saber que arde un sol de fuego
y estar en noche sombría...
¡que Dios hizo hermoso el día
para castigo del ciego!
Solo eso puedo esperar;
porque no viéndoos, señora,
para mí no hay sol, ni aurora,
ni atardecer, ni alborear.
No veré cielo, ni mar,
ni estrella que luz me dé,
ni tierra en que ponga el pie...
Me veré á mí... mas ¿qué digo?
¡En no estando vos conmigo
ni á mí mismo me veré!

REINA Todo acabó entre los dos.
Partid, Conde; lo reclamo.

VILLA. Dejadme decir que os amo
antes...

REINA (Con temor, al ver aparecer en la puerta del foro al Rey y al Conde-Duque.)
¡Silencio por Dios!

VILLA. ¡El Rey!

ESCENA IX

DICHOS, EL REY, OLIVARES

REY (A Olivares, con quien viene hablando, sin ver á la Reina y Villamediana.)
A sus piés mañana
han de estar todos rendidos.

OLIV. (Al Rey, con mucha intención y fingiendo sorpresa.)
Señor, que somos oídos.

REY (Fijándose en ellos, con disgusto.)
¡La Reina y Villamediana!

OLIV. (Marcando mucho la frase.)
Es una casualidad
que se da frecuentemente.

REY ¡Gaspar!

OLIV. (Aparte, con gozo.) (Al fin celos siente.)

REY (Con aspereza á Olivares.)
Déjame.

REINA (Temerosa, aparte.) ¡Dios de bondad!
(Olivares saluda y se va. El Rey avanza lentamente. La Reina y Villamediana inmóviles.)

ESCENA X

EL REY, LA REINA, VILLAMEDIANA

REY (Aparte.) ¿Qué es esto? (Alto.) ¿Saber podré
lo que haceis aquí, señora?

VILLA. (Con rapidez.)
Estaba...

REY (A Villamediana, secamente, imponiéndole silencio.)
No os hablo ahora:
más tarde os preguntaré.

(A la Reina, que sigue callada.)
Vuestro silencio á mi duda
va prestando consistencia.
No está limpia la conciencia
cuando la boca está muda.

REINA Al verme acusar... (Muy turbada.)

REY (Con rapidez.) Por Dios
que el verbo es inadecuado.
Señora, no os he acusado.
¡Quien os acusais sois vos!

REINA (Confusa.)
¿Yo?

REY (Secamente.) Pues hablar no quereis,
salid.

REINA Señor...

REY Basta ya.
El Conde me explicará
lo que vos no os atreveis.

REINA Ved...

REY (Muy seco.) No busqueis un ardid.
Mas de vos no necesito.

REINA Yo debo...

REY ¡Basta, repito!
Es orden del Rey. Salid.
(La Reina sale, obligada por el ademán y la actitud imperiosos del Rey.)

ESCENA XI

EL REY, VILLAMEDIANA

REY (Después de una pausa, mirándolo fijamente, con energía.)
Conde, vuestra conducta no os abona.
Los ojos—¡noble hazaña!—
poneis en la que lleva mi corona
y es vuestra reina al par que la de España.

VILLA. (Después de vacilar, como el que no sabe qué decir, contesta, sin arrogancia pero con entereza.)
Teneis razón, señor

REY Os compadezco.
Fijar debeis vos mismo vuestra pena.

VILLA. La muerte es la mayor: esa merezco.
REY Y la tendreis, por Dios.
VILLA. Enhorabuena.
Lo que gusteis haced. Dios no ha querido
darme el edén con que soñando vengo.
Me jugué la existencia y la he perdido.
No soy mal pagador. Doy lo que tengo.
REY Disponeos.
VILLA. Me encuentro preparado.
Solo una gracia os pido.
¡El último favor del condenado!
REY ¿Cuál?
VILLA. Que me oigais espero.
¿Me teneis por cristiano y caballero?
REY ¿Cómo?
VILLA. Al dejar el mundo
sé que con la mentira
manchar no debe el labio el moribundo.
Dios, que tal vez me mira,
cuentas me va á pedir en breve plazo.
¡El me maldiga si mi boca miente!
¡Señor, ya de la muerte en el regazo
os juro que la Reina es inocente!
REY ¡Callad!... ¿Quien soy olvida?
VILLA. La verdad proclamar es mi deseo.
REY Cuando solo os hablé de nuestra vida,
¿no os dí la prueba de que en ella creo?
VILLA. (Con alegría, que no oculta.)
¡Ah! ¿De ella no dudais?...
REY (Iracundo.) Pero, ¿no advierte
que mi enojo provoca el miserable?
VILLA. (Con decisión y energía.)
Entonces, ya no os temo: ya soy fuerte.
Castigadme, señor. Sed implacable.
Soy reo y mi delito no deploro.
Mil veces falta igual cometería.
Amo á la Reina, sí.. ¡La amo! ¡La adoro!
(Golpeándose el pecho.)
¡Aquí llevo su imágen noche y día!
Ella es el ideal en que me inspiro.
REY Todo su torpe audacia lo atropella. (Furioso.)
Os estais condenando.
VILLA. (Con viveza.) Si á eso aspiro;
á eso... ¡á la gloria de morir por ella!

REY — Callad.

VILLA. — ¿A qué callar, si nada espero?
Hasta que el hierro tronche mi garganta
seguiré repitiendo que la quiero.
Esta es mi confesión. Fe pura y santa,
cual la que inspira Dios viva y ardiente,
tengo en mi amor, que á nada se doblega.
¿Cuándo el peligro intimidó al creyente?
¡El mártir muere, pero no reniega!

REY — Os voy á amordazar por insensato.

VILLA. — (Cada vez con mayor fuego.)
Sabed que yo buscaba y perseguía
el mismo bien que vuestro pecho ingrato
sin pena escarnecía.
Señor, matadme pronto. Yo lo quiero.
Ser mártir de mi amor el alma ansía.
He vivido por él y por él muero.
Cuando pensais de mí tomar venganza,
yo, que tanto he sufrido,
siento por vez primera la esperanza
de ver al fin mi amor correspondido.
Os salpica la sangre de mi herida;
que ante un sepulcro, por amarla abierto,
quien no me quiso en vida
acaso me amará después de muerto.

REY — ¡Basta! ¡No más! Mi cólera despierta
y vais á hacer que de quien soy me olvide
y que el Rey en verdugo se convierta.

VILLA. — No os temo.

REY — (Disponiéndose á salir.)
Aquí esperad. Sufrí bastante.
Pronto vendrá quien de llevaros cuide.

ESCENA XII

DICHOS, MARÍA y el CONDE-DUQUE DE OLIVARES. Al ir á salir el Rey aparecen en la puerta del foro María y Olivares. Ésta viene muy satisfecha con el traje de la comedia que se fué á probar. Olivares la sigue

MARÍA — Aquí me tenéis ya.

OLIV. — (Mostrándola al Rey.) Bien arrogante.
Ved...

MARÍA (Al Rey con alegría, ufanándose del vestido.)
Soy reina, señor.
REY (Apartándola bruscamenie.) Quitad á un lado.
MARÍA ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis? (Sorprendida.)
REY Que he recibido
una afrenta cruel que aún no he vengado.
MARÍA (Mirando á Villamediana.)
¿Cómo? ¿El Conde?...
OLIV. (Aparte, con alegría.) (Por fin)
REY Sí; me ha ofendido
y hasta á la Reina en su delirio ha osado.
MARÍA ¿Y vais?...
REY A hacer que muera.
Me enoja la tardanza
cuando el verdugo espera.
Mientras viva conserva la esperanza...
MARÍA Señor; la ira es muy mala consejera.
REY ¿Eh? ¿Qué? (Deteniendose.)
MARÍA Su voz no escucha el que es prudente.
REY ¿Que me ofendió, no os dije, su cinismo?...
MARÍA (Con calma.)
Lo oí perfectamente.
REY ¿Y que á la Reina osó?..
MARÍA (Rápidamente.) Por eso mismo
no lo podéis matar.
REY (Con asombro.) ¿Estais demente?
Ser mi rival á su insolencia plugo.
MARÍA ¿Y puede, acaso el que de honor blasona
entregar sus rivales al verdugo?
REY ¿Qué decís?
MARÍA (Con entereza.) Que nacistéis caballero
como nacisteis Rey. Vuestra corona
cruzar con él no os deja vuestro acero.
Una ofensa se venga ó se perdona:
pero se ha de vengar con hidalguía:
sólo la mano propia al caso es buena:
la honra poco valdría
á poderse lavar con mano ajena.
Perdonadle.
REY (Con ira aún.) Por Dios que sois osada.
MARÍA Pues entonces, señor—salvaros quiero—
la corona olvidad; tomad la espada.
Que sacie vuestro encono,
no el suplicio cruel, sino el acero:

primero vuestro honor que vuestro trono:
¡el Monarca después que el caballero!

REY (Después de una larga pausa en que se ve que lucha consigo mismo, á María:)
Gracias

MARÍA (Sin comprender.) ¿Gracias me dais?

REY Me habéis salvado
de quedar deshonrado ante la historia.
De ahora por siempre os viviré obligado.
(Volviéndose á Villamediana.)
Conde, sois libre.

MARÍA (Con placer.) ¿Eh?

VILLA. (Con sorpresa.) ¿Qué?

REY Partid mañana
y de España olvidad aun la memoria.

VILLA. Señor...

REY Tierra lejana
os preste hogar y abrigo.

OLIV. (Aparte.)
(La Reina vence, mi labor fué vana.)

VILLA. (Aparte.)
(Me humilla.)

MARÍA (Al Rey.) Ese perdón es su castigo.
Digno sois, en verdad, de la corona.
¡Os amo!

REY Bien premiáis mi pobre hazaña.

OLIV. (Mirando á Villamediana aparte.)
(Tiempo queda: Felipe lo perdona,
(Señalándose á sí mismo.)
pero no lo perdona el Rey de España.)
(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de Palacio

ESCENA PRIMERA

QUEVEDO, CALDERÓN, VELAZQUEZ, HARO

CALD. Repito que no es posible.
HARO Pero, ¿lo vais á dudar?
CALD. Tal vez os han engañado.
VEL. Si el hecho es público ya.
QUEV. Como que ha sido en la calle
Mayor.
HARO En la principal
de Madrid.
VEL. Y ya de día.
HARO Empezaba á clarear,
según creo.
CALD. ¿Quién os dijo?...
HARO Pasé por casualidad
por el sitio, cuando el cuerpo
se acababan de llevar.
VEL. ¡Ah! ¿Sí?
CALD. ¡Buenos comentarios
se harían!
VEL Es natural.
QUEV. El suceso se comenta
él solo.

HARO — Decís verdad.
QUEV. — De día, en la villa y Corte,
y en un céntrico lugar,
se asesina impunemente
con toda tranquilidad
á un hombre que de una fiesta
sale del Palacio Real.
¿A qué en hacer reflexiones
nos hemos de molestar?
No dirán los africanos
que aquí los copiamos mal.
CALD. — Pero no lo decís todo,
Quevedo.
QUEV. — ¿Tal vez hay más?
CALD. — ¿No ha de haber? Villamediana,
—¿para qué se ha de negar,
y menos si ya no existe?—
incurrir pudo quizá
del Rey en el justo enojo,
por causas que... (Deteniéndose.)
QUEV. — Bien está.
Seguid. (Aparte.) (El secreto á voces.)
CALD. — Su muerte pudo pasar
por suceso en estos tiempos
frecuente y aun natural
antes que el Rey perdonara
del pobre Conde el desmán;
después, no hay razón alguna
que puede justificar...
CALD. — ¿Pero el Rey ha perdonado?
HARO — Eso dicen.
VEL. — Y es verdad.
QUEV. — Calderón, sois siempre un niño:
vivís en el mundo ideal
que pintais en vuestras obras
y que en ellas sólo está.
Vos pensais que las promesas,
la fe, la formalidad,
el honor, todas las cosas
á que vos en vuestro altar
rendís culto, son corrientes
hoy como en siglos atrás,
y ya pasaron los tiempos
de aquel antiguo Guzmán:

ahora estamos en los de éste;
Olivares...

VEL. ¡Eh! Callad,
que os escucha su sobrino.

HARO Por mí, podeis continuar,
Quevedo.

VEL. ¿Del Conde-Duque
no os molesta que hablen mal?

HARO Si él estuviera delante,
enojárame quizás;
mas no estándolo... ¡qué diablo!
¿para qué me he de enojar?

QUEV. Sois hombre práctico.

HARO A todo
me amoldo siempre: es mi plan.

QUEV. Pues seguid por esa senda.
Quién sabe si os llevará
a heredar á vuestro deudo.

HARO Acaso: El no es inmortal.

QUEV. Don Luis, yo os lo vaticino:
sereis ministro.

HARO ¡Ojalá!

ESCENA II.

DICHOS, el DUQUE DE OSUNA

OSUNA Salud, señores.

VEL. ¡Oh, Duque!

CALD. Sed bien venido. Pasad.

OSUNA ¿La audiencia no ha comenzado?

VEL. Aún no; pronto empezará.

OSUNA Pues lo celebro en el alma,
y celebro mucho más
encontraros solos, antes
que salga Su Majestad.

QUEV. ¿Por qué?

OSUNA Despedirme quiero
de vosotros.

QUEV. ¿En dejar
la Corte pensais acaso?

OSUNA Para siempre, amigo.

VEL. ¿Hay tal?

OSUNA Del viaje que hacer proyecto
no ha vuelto nadie jamás.
QUEV. No pensareis, me figuro,
en morir.
OSUNA Pues pensais mal.
VEL. ¿Qué decís?
OSUNA Digo que en breve
mis hombros no sostendrán
esta cabeza.
QUEV. ¿Estais loco?
CALD. ¿Qué proyectais?
OSUNA Provocar
la cólera del Monarca.
A eso he venido.
VEL. Pensad...
OSUNA Porque lo tengo pensado
no pienso volverme atrás.
Si ocupa de España el trono
quien no vacila en faltar
á una palabra sagrada,
(lo es siempre la que el rey da),
yo quiero probar que todo
no va aquí por cauce igual;
que si hay monarcas que olvidan
lo que deben recordar
y un nieto de Carlos Quinto
su cetro manchando está,
aun quedan nobles que digan
al Rey: «Señor, haceis mal;
deshonrais vuestra corona
y afrentais á España al par.
Yo os lo digo, y mi cabeza
responde de que es verdad.»
VEL. ¿Pero qué es lo que os sucede?
OSUNA No lo debeis ignorar.
Villamediana fué hallado
cadáver junto al portal
de una casa en que es sabido
—todos lo divulgan ya—
que el Rey estuvo ayer noche
despues de la fiesta real.
VEL. ¿Cómo? ¿Se encontró su cuerpo?...
OSUNA A veinte pasos, no más,
de la casa de esa cómica.

CALD. Pudo el hecho ser casual.
OSUNA Cándido sois; pero, ¿es falso,
sea cualquiera el lugar,
que han asesinado al Conde?
VEL. Por desgracia sois veraz.
OSUNA Entonces también es cierto
que á su promesa formal
el Rey faltó. Yo ví al Conde
la función al terminar,
y por él sé lo ocurrido.
LUIS ¿Habló con el Rey? Contad.
OSUNA El Rey le dijo: «Sois libre;
de mí no os podeis quejar
puesto que os dejo la vida,
pero á España abandonad
y no volvais á la corte
mientras yo reine, jamás.
Hasta pisar la frontera
por vos velo: en mí confiad.»
CALD. ¿Eso le dijo?
OSUNA Eso dijo.
CALD. ¿Y él se dispuso á marchar?
OSUNA Al punto, pero sin duda
no le alcanzó el tiempo ya,
que pocas horas más tarde
de ofrecer Su Majestad
velar por él, su cadáver,
que rodó bajo un puñal,
en la calle pregonaba
del Rey la sinceridad.
CALD. ¿Y vos venís á decirle?...
OSUNA Lo que merece acción tal.
QUEV. ¿Tan poco estimais la vida?
OSUNA ¿Quién por su honor no la da?
VEL. ¿Vuestro honor os manda acaso?...
OSUNA Me manda, sí, protestar
de un crimen que me arrebata
mi más preciada amistad.
VEL. Es el Rey.
OSUNA Yo sóy Osuna.
VEL. Sois mucho, mas no es igual.
OSUNA Bien decís, y de no serlo
tengo á Dios gracias que dar;
que yo á mi honor no he faltado

ni mi mano en sangre está
tinta... No somos iguales:
yo soy más que él... ¡mucho más!

CALD. Mirad, Duque...

OSUNA Estoy resuelto.

UN UJIER (Anunciando en la puerta.)
Señores, Su Majestad.
(El Rey aparece y el ujier se retira.)

ESCENA III

DICHOS, EL REY

REY (Con naturalidad y aire satisfecho.)
Poca gente congregada
hay en la audiencia. Se explica.
Su pereza justifica
lo largo de la velada.

HARO La fiesta fué sorprendente.

REY Podeis á fe, Calderón,
estar de vuestra invención
satisfecho plenamente.

CALD. Lo estoy, si os logré agradar.

REY No sabéis hasta qué punto.
Velázquez con ese asunto
debe un gran cuadro pintar
El cortesano tropel
sobre el agua reflejado
ha de dar, por vos copiado,
lauros á vuestro pincel.
Veréis cómo se os aclama.

VEL. Gran honra mi Rey me da.

REY ¿Verdad, don Luis, que será
digno el cuadro de su fama?

HARO Yo soy de vuestra opinión
siempre: tengo esa fortuna.

REY (Fijándose en Osuna que está apartado de los otros.)
¡Oh, señor Duque de Osuna!
¿Qué haceis en ese rincón?

OSUNA Pensaba, señor.

REY ¿En qué?

OSUNA En un problema.

REY Mal tema.

Pero si hallais al problema
solución...

OSUNA ¡No se la hallé!
Vuestra Majestad podría
tal vez mi duda aclarar.

REY De poderos ayudar
cierto estad que me holgaría.

OSUNA Decidme entonces, señor.
Servir y amar á su rey
manda al que es noble la ley
y en eso estriba su honor.
Se le ha de dar de buen grado
sangre, hacienda, cuanto pida;
porque es suya nuestra vida
y á eso se nace obligado;
que el Rey, de quien siempre en pos
va el noble, que con el vive,
del cielo el poder recibe
y es como imagen de Dios.
Por eso de modo igual
que á Dios concibe el cristiano
debe el noble al soberano
concebir, aunque mortal.
El Rey para quien le mira
ha de ser sabio, prudente,
justo, liberal, clemente,
incapaz de la mentira,
acertado en el consejo,
con alma del bien avara.
Si así no fuera dejara
de ser de Dios fiel reflejo.
Pues bien, si un subdito leal
—hablo en supuesto, señor
ve de pronto con horror
que su Rey es criminal;
¿qué es lo que el deber le marca?
¿qué debe hacer en conciencia?
¿seguir dándole obediencia
ó alzarse contra el monarca?
Es del noble eterna ley
ir de su rey siempre en pos,
mas ser imagen de Dios
también es deber del Rey.
Si éste delinque primero,

¿no lo puede aquel dejar,
ó al falso Dios hay que dar
culto igual que al verdadero?
Yo entiendo que el Rey infiel
del vasallo se desliga,
que si el honor á este obliga
más debe obligar á aquel.
Vuestra Majestad me acuda
en tal trance con sus leyes.
De honor se trata y de reyes...
¡resuélvame el Rey la duda!

REY (Molesto por las frases de Osuna.)
Vuestra consulta me extraña
y me sorprende, á fe mía:
la duda os resolvería
quizá otro Rey, no el de España,
que no entiende de doblez,
quien de ella jamás ha usado.
Indiscreto habeis estado:
sabedlo para otra vez.

OSUNA Las palabras prueban poco
junto á los hechos, señor,
y en estos está el honor...

REY (Con severidad.)
Duque, ¿os habeis vuelto loco?
¿Insistis?

OSUNA Mucho me pesa,
mas decir debo en voz alta
que falta á su honor, quien falta
á una solemne promesa.

REY (Irritado.)
Hablad claro, vive Dios,
que estoy de enigmas cansado.
¿Quién hay aquí que ha faltado
á lo prometido?

OSUNA ¡Vos!

REY (Con ira y asombro.)
¡Insensato!

OSUNA Empresa vana
es quereros defender.
Vos ofrecisteis ayer
la vida á Villamediana.

REY Hice de grandeza alarde
sus culpas al perdonar.

OSUNA Para mandarlo matar
algunas horas mas tarde.
REY ¡Mentís!
OSUNA No lo digo yo
REY ¿Pues quién lo dice, por Cristo?
OSUNA Madrid entero que ha visto
muerto al Conde.
REY (Sorprendido por la afirmación.)
¿Eh? ¿Qué? ¿Murió?...
¿Es verdad? ¿Villamediana?
(Viendo que nadie le contesta, se dirige á Calderón á quien pregunta con interés.)
Responded vos... ¿Qué ha pasado?
CALD. El Conde fué asesinado
en la calle esta mañana
REY ¿Luego es cierto? Necesito
saber...
HARO (A Quevedo aparte.) (Finge...
QUEV. Me figuro...)
CALD. (Al Rey.)
¿No os han dicho?...
REY (Con sinceridad.) ¡Por Dios juro
que ignoraba tal delito!
VEL. ¿Ignorabais la aventura?
REY Y aun dudo que cierta sea.
Lo juro, he dicho. . ¿Hay quien crea
que el Rey miente cuando jura?
OSUNA A fe que me hace dudar.
REY (A Osuna)
Decís bien, Duque, en rigor.
Va en este asunto mi honor,
y esto así no ha de quedar.
¿Pensásteis que yo era reo
por una vana apariencia?
¡Yo os probaré mi inocencia!
OSUNA (Vencido por el acento de verdad del Rey.)
Basta ya, señor. Os creo.
Dudar más tiempo de vos
no puedo.
REY Que no mentí
creed.
OSUNA (Conmovido.)
Vos sois para mí
siempre la imagen de Dios.

Si no es grande vuestro encono
por mi proceder liviano,
dadme á besar vuestra mano.
(Osuna va á arrodillarse. El Rey lo levanta.)

REY — Levantad, Duque. Os perdono.
Aquí existe, á no dudar
algún misterio escondido.
Un crimen se ha cometido
que al Rey se puede imputar.
Busquemos al delincuente.

QUEV. — ¡Coincidencias singulares!

REY — Que venga al punto Olivares

HARO — (Viéndolo aparecer en la puerta.)
Aquí está precisamente.

ESCENA IV

DICHOS, el CONDE DUQUE DE OLIVARES

REY — Venid.

OLIV. — (Inclinándose respetuosamente.)
¿Me quereis hablar?

REY — (Con acento de autoridad.)
Conde-Duque, estadme atento,
y pensad por un momento
que soy .. quien puede mandar.

OLIV. — En no olvidarlo confío,
señor, jamás un instante.

REY — Os di un poder semejante
al mio... ¡mayor que el mío!
¿A qué negarlo?

OLIV. — Señor...

REY — Hoy os ordena el deber
dar empleo á ese poder
en algo en que va mi honor. (Pausa.)
¿Sabeis que se ha cometido
un crimen esta mañana?

OLIV. — ¿Un crimen?... (Sin comprender.)

REY — Villamediana
muerto en una calle ha sido.

OLIV. — ¡Ah! Sí, señor. Lo sabía.

REY — ¿Y sabeis de modo igual

que mi palabra real
su existencia protegía?

OLIV. (Sin inmutarse; sereno.)
¿Quién lo ignora?

REY (Secamente.) Vos debeis
ignorarlo, pesiamí:
que si sabeis que ofrecí,
y al mismo tiempo sabeis
lo ocurrido, cosa es clara
que debísteis comprender
que el hecho pudiera hacer
que de mi fe se dudara.

OLIV. ¿En qué falté? No adivino...

REY En no mostrar diligencia
y en venir á mi presencia
sin tener al asesino.
(Olivares va á hablar. El Rey se lo impide)
Vanas palabras rechazo.
¿Quién es?

OLIV. (Con aplomo.) No sé.

REY ¿Lo ignorais?
Pues para que lo sepais
os doy tres horas de plazo.
Vuelvo á decir que mi honor
necesita vuestra ayuda.
Sobre mí puede haber duda
si no se halla al matador.
Hacedle al punto encontrar.
Si no entrais con él aquí,
volvedme el poder que os dí
y que no sabeis usar.

OLIV. Estad tranquilo, señor;
vendrá, (Sorpresa en todos)
pero antes quisiera
que Su Majestad oyera
á su más fiel servidor.

REY ¿Qué quereis decirme? Hablad.

OLIV. Sólo al Rey tiene que ser,
que no os puedo obedecer
sin eso.

REY Pues acabad.

(Olivares y el Rey se retiran á un lado de la escena, distante del lugar en que están los demás personajes, que murmuran en voz baja, mientras ellos hablan.)

OLIV. Señor, ha poco mentía.
Quién ha muerto al Conde sé.
REY Decidme al punto quién fué.
OLIV. Ha muerto por orden mía.
REY ¿Vuestra? (Con asombro.)
OLIV. Más bajo, señor.
REY ¿Manchais mi honor?...
OLIV. No, por cierto:
al contrario, el Conde ha muerto
para salvar vuestro honor.
REY ¿Qué decís?
OLIV. Algo cruel,
que á no ser por vos forzado,
nunca hubiera revelado.
REY Hablad.
OLIV. (Entregándole uno.)
Hable este papel.
REY (Cogiéndole sorprendido.)
¿Cómo?
OLIV. Ayer á mí llegó,
y la sentencia fatal
dicté. Si hice bien ó mal
no debo decirlo yo.
REY (Leyendo con asombro é ira.)
«Señora, vuestros favores,
que á mi alma tienen cautiva,
hacen cada vez más viva
la llama de mis amores.
Iré á la fiesta. Allí solo
me hallaréis y enmascarado,
en el cenador cerrado,
junto á la fuente de Apolo.
Villamediana.»
(El Rey se queda inmóvil y con expresión sombría al terminar la lectura.)
OLIV. (Hipócritamente.) Señor,
mi adhesión grande y sincera
con gusto evitado hubiera
á mi Rey este dolor;
mas lo quisísteis y hablé.
REY Estoy de vos satisfecho.
Lo que era justo habéis hecho,
también yo justicia haré.
(En voz alta dirigiéndose á todos.)

De saber acabo un punto,
señores, que no sabía,
y al conocerlo varía
mi opinión sobre este asunto.
Villamediana murió,
y acaso os extrañará
saber... que bien muerto está
y libre quien lo mató.
Mas como estaba su vida
de mi palabra al amparo,
diréis, con razón, que es raro
ver mi promesa incumplida,
puesto que al cabo ofrecí.
Vuestro juicio suspended.
(A Olivares, que se va al recibir la orden.)
Conde-Duque, al punto haced
que venga la Reina aquí.
Es orden mía... (Vase Olivares.) Perdón
si os guardo breve secreto.
Esperad y yo os prometo
bien cumplida explicación.
Pues por todos se ha sabido
que el Rey faltó al prometer,
por todos se ha de saber
la razón que le ha movido.
Pienso poder demostrar
que hay veces en que, en rigor,
para salvar el honor
es fuerza al honor faltar.
No esperaréis á fe mía.
Sabed que, acaso, en la historia
quede perpetua memoria
del suceso de este día.

ESCENA V

DICHOS. LA REINA

OLIV. (Que vuelve y la anuncia desde la puerta.)
Su Majestad la Reina.
REY Entrad, señora.
REINA (Dirigiéndose al Rey con naturalidad.)
Que me llamais me han dicho

y acudo á vuestra cita sin demora.
¿Qué queréis?

REY (Sombrío.) Nada grato.

REINA Ley siempre es para mí vuestro capricho
y vuestra simple indicación mandato.

REY Basta ya. (Bruscamente.)

REINA ¿Lo que digo os desagrada?

REY La mentira es odiosa
aunque venga con mieles endulzada.

REINA (Muy sorprendida por el tono del Rey.)
Señor, ved qué decís. Soy vuestra esposa.

REY Lo fuisteis. Ahora sois una acusada.

REINA (Con estupor.)
¿Yo?

REY Vuestro juicio empieza.
Una traición impura
sin corona dejó vuestra cabeza.
Defendeos; decid si algo os abona;
porque no está tampoco muy segura
la cabeza en que estuvo la corona.

REINA (Irguiéndose con dignidad.)
¿Tal mengua á mí? Señor... ¿estais demente?

REY Público es el agravio:
lo debo castigar públicamente.

REINA ¡Basta! ¡Sellad el labio!

REY ¿Se revela ante el juez el delincuente?
De vuestra afrenta al par y mi castigo
Madrid fué ya testigo.

REINA No os entiendo, señor.

REY Esta mañana
en una calle, yerto,
pareció vuestro buen Villamediana.

REINA (Sin reprimir un gran movimiento de sorpresa.)
¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué decís? ¿El Conde ha muerto?

REY (Con marcada ironía.)
¿Lo sentís, no es verdad? Dejad que el llanto
muestre la viva pena que en vos arde.

REINA (Reponiéndose, con serenidad.)
Lamento al Conde, sí, pero no tanto
como lamento vuestra acción cobarde.

REY (Irritado.)
¡Señora!

REINA Por vos lloro
y vuestra loca obcecación deploro.

REY — Ved...
REINA — Os veo manchado
por un delito odioso: tal os veo.
REY — ¿Cuándo se vió que acuse el acusado?
REINA — Cuando el que juzga se convierte en reo.
REY — Defendeos, repito. Por la traza
que correis grave riesgo se os olvida.
REINA — Ni olvido ni me importa la amenaza.
Mi honra estoy defendiendo, no mi vida.
Dolor mucho más fuerte
me da verme por vos escarnecida
que el que me diera soportar la muerte.
Esposa sin amor, reina ultrajada,
miro con más tristeza
mi honra, por la calumnia mancillada,
que el peligro que corre mi cabeza.
Iré firme á morir, si el Rey lo quiere,
y del cadalso subiré la grada:
no soy la primer reina que en él muere
ni la última seré. No pierdo nada;
ni aun la corona; que si á vos os plugo
la vuestra arrebatarme de la frente,
otra corona me dará el verdugo...
¡la del mártir, que dura eternamente!
REY — La comedia el espíritu levanta. (Con sarcasmo.)
REINA — (Con dignidad y entereza.)
Vuestro error de sorpresa no me coge,
pero es error al fin. ¿Yo comedianta?
No; soy reina, señor, aunque os enoje.
La comedianta bella
con quien me confundís, no está aquí ahora.
Yo no soy digna de luchar con ella.
REY — ¡Basta, basta, señora!...
REINA — Siempre fuísteis á histriones inclinado.
Eso hace que se olviden los pesares.
¡Quién sabe si esta farsa habrá inventado
alguno de los que hay á nuestro lado!...
(Acercándose á él con ironía.)
¿Qué decís, Conde-Duque de Olivares?
OLIV. — ¿Yo? (Turbado, á pesar suyo.)
REINA — No sé si me engaño,
mas tengo la sospecha cuando os miro
de que no sois á lo que pasa extraño.
¡Conozco el grande afecto que os inspiro!

OLIV. ¿Pensais?...
REINA Antiguamente
todo noble, celoso de su fama,
reinos ansiaba conquistar valiente
solo para ofrecerlos á una dama.
Por su dama reñía
siempre el guerrero, con esfuerzo rudo,
y su nombre escribía
sobre el bruñido acero de su escudo.
¿Quién á un noble sin dama concebía?
Por acudir al grito
de una mujer de perdurable gloria
los nobles españoles han escrito
la página más grande de su historia.
Corriendo diligentes
á la voz de Isabel, mi antepasada,
Ureñas y Pulgares y Cifuentes
alzaron nuestra cruz sobre Granada...
Pero eran otros tiempos... ¡eso es claro!
Entonces una reina era sagrada
como toda mujer. Hoy, sin reparo,
la ultraja quien su esclavo ser debía.
¡Si aun vivieran Ureñas y Pulgares
vergüenza les daría
de ver lo que es la España de Olivares!
REY Por Dios que os defendéis de extraño modo.
¿Pensais justificar vuestro delito
lanzando injurias y faltando á todo?
REINA ¿Cómo se justifica el inocente?
REY (Dándole el papel que lo entregó Olivares.)
Ni una palabra más. Ved este escrito
y decid si os condeno injustamente.
REINA (Leyendo, con indigación y asombro.)
¿Qué es esto? ¿Yo favores?...
¿Una cita?... ¿En la fiesta?... ¿Enmascarado?
(Devolviendo al Rey el papel, con firmeza.)
Señor, ¿quién escribió tales horrores?
REY ¿Qué decís?
REINA Lo que es cierto;
que el Conde tal escrito no ha trazado.
REY Estais atestiguando con un muerto.
En eso no hay peligro. Ved, señores:
(Volviéndose á los demás, á quienes entrega el papel, que corre de mano en mano, hasta llegar á Osuna, que es el último.)

no quiero que se diga
que es injusto el monarca en sus rigores.
En ese escrito mi baldón se advierte:
la Reina es quien me obliga
á castigar sus culpas con la muerte.

OSUNA (Viendo el papel y dando un grito.)
¡Por Dios que lo pensé!... ¡Vil impostura!
(Al Rey.)
Señor, vuestra nobleza han sorprendido.
Yo conozco del Conde la escritura.
¡Esto no es de su mano!
(Movimiento en todos.)

REY ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué afirmais?

OLIV. (Aparte, con temor.) Estoy perdido.

OSUNA Este escrito es la hazaña de un villano.
¡Calumnia abominable!

REY ¿No os engaña tal vez vuestra creencia?

OSUNA (Con energía.)
¡La Reina no es culpable!
(Al Rey.)
Pronto: dadme licencia
para ser paladín de la inocencia.

REY Duque, pensad...

OSUNA (Con arranque.) Se ha dicho injustamente
que no hay ya quien, celoso de su fama,
sereno el corazón y alta la frente,
sepa su vida dar por una dama.
Yo me tengo por digno de mi cuna
y afirmo, de mi estirpe con la historia,
que no ha habido ni habrá quien, siendo Osuna,
por su Reina morir no tenga á gloria.
Sí; yo digo y repito
que el Conde, asesinado torpemente,
jamás tal carta por su mano ha escrito.
Esto mi acero á defender acude,
y ante Dios, ante el Rey aquí presente,
ante el mundo... ¡ante todo el que lo dude!
mantengo que la Reina es inocente.
Si alguien osa negar lo que proclamo,
(Tirando su guante enmedio de la escena.)
mi guante alce del suelo:
de Dios al juicio sin temor lo llamo
y que El decida en el sangriento duelo.
(Todos le rodean y le abrazan, menos Olivares.)

QUEV. ¡Digna es de vos la hazaña!
CALD. Vuestros brazos me dad. Sois siempre Osuna.
REINA Gracias, Duque, aun hay nobles en España.
OLIV. (Aparte.)
(¿Qué es esto? ¿Me abandona la fortuna?)
OSUNA (Al Rey.)
Todos callan, señor.
OLIV. Quizá el respeto...
REY No; yo licencia doy desde este instante.
¿No hay quien acepte el reto?
¿No hay quien se atreva á levantar el guante?

ESCENA VI

DICHOS, un UJIER

UJIER (En la puerta del foro.)
Señor, una mujer, con gran urgencia,
de Vuestras Majestades solicita
una inmediata audiencia.
REY ¿Eh? ¿Cómo?
UJIER A complacerla me he negado,
mas se empeña en decir que en su visita
va un interés supremo del Estado.
REY ¿Quién es?
UJIER Su rostro oculta bajo el velo.
REY ¿Y su nombre tampoco ha revelado?
UJIER No, señor.
REY ¿Quién será? Nada recelo.
MARIA (Entrando, resueltamente.)
Perdonadme, señor: veros quería.
(Gran sorpresa en todos.)
REY ¡Vos!
REINA ¡Ella!
OLIV. (Aparte, con alegría.)
(Me he salvado.)
QUEV. (Aparte.)
(¡Vive Dios, que es tremenda la osadía!)
(Vase el Ujier.)

ESCENA VII

DICHOS, MARIA

REINA (Al Rey, con dignidad y energía.)
Sois implacable, señor.
Ya veis que serena y fuerte
me rindo á vuestro rencor;
pero si acepto la muerte,
no acepto pena mayor.
A eso no obliga el deber.
Puedo, al par que la existencia,
corona y honra perder:
no puedo de esa mujer
sufrir aquí la presencia.
No está bien de mí delante,
y si demorar no os plugo
mi tormento un solo instante,
salga ella y entre el verdugo...
¡será menos infamante!

REY Ved, señora. . (Turbado.)

REINA A tal baldón
sin derecho se me obliga.

REY No os va bien la indignación.

MARIA (Interponiéndose.)
Dejadla: tiene razón:
yo sufro cuanto me diga.

REINA (Con altivez, á María.)
¿Por mí vais á interceder?
No os tuve por tan osada.
Salid. (Con firmeza.)

MARIA No os puedo atender.
Sois la Reina, y sois sagrada,
pero lo es más el deber.

REINA ¿Eh? ¿Qué?

MARIA Podeis sospechar
que ha de ser grave el asunto
que aquí me obliga á llegar.

REINA Ni lo sé, ni os lo pregunto,
ni lo quiero averiguar.

MARIA Escuchadme, por favor.

REINA ¿Lo merece la que implora?

MARIA Deponed vuestro rencor.

REINA No os conozco.
MARIA Ved, señora,
que va en ello vuestro honor.
(Sorpresa general.)
REINA ¿Cómo?
MARIA Os he de repetir
lo que, quien ya no es del mundo,
dejóme dicho al morir.
¿Vais á negaros á oir
el ruego de un moribundo?
REINA (Sin comprender.)
¿Vuestro conducto ha buscado?
MARIA Un hombre fué esta mañana
en la calle asesinado.
(Todos comprenden. Expectación.)
REY ¿Qué decís? Villamediana...
MARIA El mismo.
OSUNA (Con ansiedad.) ¿Le habeis hablado?
MARIA Yo encomendé su alma á Dios.
REY ¿Cómo sabéis lo que pasa?
¿Habéis ido de él en pos?
MARIA El Conde murió en mi casa...
(Aparte al Rey.)
(Después que salisteis vos.)
REY ¿En vuestra casa?... ¿Es verdad?
OSUNA Dejadla que cuanto sabe
cuente á Vuestra Majestad.
Tal vez nos dará la clave...
REY Tal vez. El caso contad.
MARIA Tras la espesa celosía,
miraba yo esta mañana
el nacimiento del día,
cuando un grito de agonía
sonó bajo mi ventana.
Miré á la calle desierta,
volví á escuchar un gemido,
y á la luz del alba incierta
vi á un hombre en tierra tendido
junto al umbral de mi puerta.
Aunque me helaba el pavor,
la piedad pudo en mí tanto
que bajé del mirador,
y aun recuerdo con espanto
el cuadro desgarrador.

El Conde—señor, él era—
con las manos sujetaba,
pálido como la cera,
la sangre que se escapaba
manchando cuello y gorguera.
Sus ojos sin luz querían
decirme por qué lugar
los asesinos huían,
y sus labios se movían,
pero sin poder hablar.
¡Aun lo miro! De repente,
con un esfuerzo cruel
y voz débil y doliente
—¡un papel, pronto un papel!—
dijo fatigosamente.
Se lo traje; lo miró;
lanzó un grito placentero;
tembloroso lo cogió,
y con presteza arrancó
la pluma de su sombrero.
Cesó entonces de apretar
con sus manos la ancha herida;
brilló la sangre al brotar
y sin temer por su vida
dejóla un charco formar.
Mojó en él la pluma luego
de la muerte en la congoja,
y aunque moribundo y ciego.
escribió sobre este pliego
(Sacando un papel del pecho.)
con aquella tinta roja.
Aun el esfuerzo prolijo
no agotó su vida entera,
porque, mirándome fijo,
—llevad esto al rey—me dijo:
¡fué su palabra postrera!
A poco sus brazos yertos
sobre mi falda caían,
pero aun sus ojos abiertos
repetirme parecían
su encargo después de muertos.
Este pliego al Rey—fué el grito
que lanzó al dejar el mundo.
Cumplir su orden necesito.

(Acercándose al Rey y entregándole el papel.)
Tomad, señor; esto ha escrito
con su sangre un moribundo.
(Todos impresionados por la narración de María miran ansiosamente al Rey.)

OSUNA Vedlo. (Al Rey, señalando al papel.)

REY Aquí hay delincuente.
¿Quién es?

QUEV. (Aparte.) (Yo me lo figuro.)

REY (Leyendo.)
«Al morir, como creyente,
por Dios y por mi alma juro
que la Reina es inocente.»
(Movimiento general de alegría.)

HARO ¿Eso dice?

VEL. Ved, señor.

CALD. Quien muere, en falso no jura.

QUEV. Nunca el Conde fué traidor.

OSUNA (Viendo el papel, con energía.)
Y esta sí que es su escritura.
Yo lo afirmo por mi honor.

REY ¿Vos la conocéis?

OSUNA Muy bien.
Y su intención se penetra:
claro mis ojos lo ven.
No es esto solo su letra,
señor, es su alma también.

CALD. Alma grande.

REINA (Aparte.) (Y soñadora.)

VEL. Cual noble sabe morir.

REINA (Al Rey con dignidad.)
¿De mí qué decís ahora?

REY (Como dominando su orgullo, con nobleza.)
Lo que me toca decir;
que me perdoneis, señora.

OLIV. (Aparte.)
(¡Oh, rabia!)

REY Mi humillación
en mi favor os ablande,
para un noble corazón
mientras la culpa es más grande
es más hermoso el perdón.
(Volviéndose á los demás.)
Señores, hay que olvidar

este incidente liviano:
nada de él debe quedar:
fué tormenta de verano
que limpia el aire al pasar.
(A Olivares, marcando mucho la frase.)
Para vos, mi *fiel* amigo,
ya no es contra esas tormentas
tan fácil buscar abrigo.

QUEV. (Aparte.)
(¡Oh, placer!...)

REY Venid conmigo
para que ajustemos cuentas.
¿Del poder ilimitado
que os presté, cómo os servís?

OLIV. (Turbado.)
En vuestro bien lo he empleado.

REY (Con energía.)
¡A eso, un hombre asesinado
os contesta que mentís!
Os cegó vuestra demencia.

OLIV. Señor... yo...

REY Nada de extremos.
Los dos esta conferencia
ahora, á solas, seguiremos.
(Volviéndose á los cortesanos.)
—Aquí termina la audiencia.—
Señores... (Saludando.)

VEL. (A los otros, al irse.)
¿Tendrá piedad?...

REY Venid. (A Olivares.)

CALD. El crimen fué horrendo.

QUEV. (Acercándose á Olivares, con ironía.)
Conde-Duque, adiós quedad.
Si os destierra, os recomiendo
la torre de Juan Abad.

(Los cortesanos se retiran comentando y hablando. El Rey, después de saludar á la Reina, sale también seguido de Olivares.)

ESCENA ULTIMA

LA REINA. MARÍA

MARÍA (Acercándose á la Reina, con voz suplicante.)
Señora, oídme por Dios.
REINA ¿Qué me tenéis que decir?
MARÍA Solas estamos las dos.
Sabed que el Conde al morir
me hizo un ruego para vos.
REINA ¿El Conde?
MARÍA Herido y doliente
dijo, no ha mucho, á mi oído:
«A la Reina haced presente
que muero como he vivido;
amándola locamente.»
REINA (Con amargura.)
¡Amor grande!
MARÍA Y desgraciado.
REINA ¡Sino el mío singular!
Me amó quien no fué pagado,
y amor no supe inspirar
al que á mí me lo ha inspirado.
(A María, con gratitud.)
Gracias; la vida os debí.
Mi gratitud os abona.
MARÍA Señora, ¿me hablais así?
REINA Vuestra piedad dejó en mí
la mitad de una corona.
MARÍA (Sin comprender la intención de la Reina.)
Toda entera en vos destella.
REINA (Con pena.)
Toda no, que en realidad
pierdo la mitad más bella.
MARÍA ¿Acaso la otra mitad?...
REINA ¡Os quedásteis vos con ella!
(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.